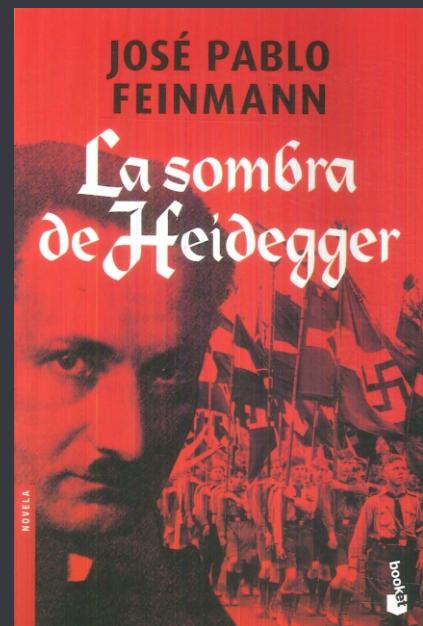




Visita al territorio de José Pablo Feinmann



La Escalera

Lugar de lecturas

Entonces, justamente entonces, volverán a atravesar todo este aquelarre, como fantasmas, las preguntas: ¿para qué? —¿hacia dónde?— ¿y después qué?

HEIDEGGER

DER SPIEGEL: Su obra filosófica está un tanto ensombrecida por ciertos sucesos de su vida, que no duraron mucho y que nunca han sido aclarados, bien porque ha sido usted demasiado orgulloso, bien porque no ha creído conveniente pronunciarse sobre ellos.

HEIDEGGER: ¿Se refiere a 1933?

¡Sombra terrible de Facundo, voy a evocarte...!

SARMIENTO

(Uno)
CARTA DEL PADRE

En Friburgo, en 1928, conocí a Heidegger. Conocía su nombre, su fama, sus escritos, su voz. Había asistido tempranamente a sus cursos en Marburgo. No lo conocía —según suele decirse— en persona. No sé si alguna vez lo hice, pese a la cercanía de nuestras vidas. Pude verlo, escucharlo y hasta intercambiar frases con él. Sin embargo, ¿alguien puede conocer lo absoluto?

Nada podrá transmitirte el embrujo, el éxtasis reflexivo (sé los riesgos de esta frase: ¿hay un éxtasis del pensamiento?), la fiesta de la inteligencia que provocó, en mí, su aparición. Ya no creíamos mucho en la filosofía durante esos años. Nos llegaban las aguas finales de un neokantismo turbio, viejo. O los vientos helados de las corrientes matemáticas, tan caras a los herederos del empirismo inglés. O la potencia de Husserl, el más grande y reciente de nuestros filósofos, que, no obstante, era insuficiente para agitar nuestros espíritus con la violencia necesaria para arrancarnos de la decadencia, de los humores opacos de la derrota. Heidegger fue lo nuevo. Y lo nuevo siempre tiene la furia de los huracanes, y el dolor de la devastación. Nadie lo dijo como él. Nadie lo dijo como él lo dijo al cerrar su *Discurso del Rectorado*. Nadie como cuando él dijo: «Todo lo grande está en medio de la tempestad». Y nosotros elevamos nuestros brazos jubilosos y aclamamos —glorificándolo— al Maestro de Alemania.

Quiero, ya, que sepas algo, quiero establecerlo desde el inicio: tu padre, Dieter Müller, fue nacionalsocialista y fue profesor en

Friburgo durante largos años. Quiero también confesar (aunque esto en nada deberá disminuir mi responsabilidad ante los hechos) que me hice nacionalsocialista por Heidegger, que no lo había sido hasta escuchar, en 1933, su *Discurso del Rectorado*, y que acaso jamás lo habría sido si ese discurso no hubiese sido dicho. Dicho por quien lo dijo, del modo en que lo dijo, con la autoridad con que lo dijo. Dicho por Martin Heidegger, desde la plenitud inabarcable de su genio filosófico. Naciste en 1934 y fue por él que tu nombre es Martin.

Los días de Marburgo (días que elegiré llamar los «anteriores a *Ser y tiempo*», libro que cambió mi vida y que, posiblemente, me lleve a destruirla) tuvieron la intensidad de un tiempo premonitorio. Todos hablábamos de Heidegger. Asistíamos a sus clases. Discutíamos sus ideas. Éramos jóvenes y también lo era él, nuestro Maestro. Mi amigo del alma era Rainer Minder. Te hablaré de él. Había ido más allá que nosotros en su acercamiento al nacionalsocialismo. Tenía contactos con las SA de Rohm y hablaba con fervor (aunque su fervor no devoraba su temperamento reflexivo) de la figura que agitaba Alemania durante esos días. No necesito decirte su nombre. Sólo bastará señalar que ese hombre corporalmente pequeño pero titánico, esa pura fuerza de la naturaleza arrastraba a Alemania hacia el encuentro con su grandeza perdida. Él se atrevía a decir lo que todos sabíamos: los guerreros de 1914 habían sido traicionados por los socialdemócratas, por los mercaderes cobardes de 1918 que se rindieron sin pelear hasta el fin, sin decidirse a asumir un triunfo que debió ser nuestro. Alemania, hijo, no perdió esa guerra. La perdieron los políticos, los banqueros, los traidores. Hitler era el regreso del orgullo de la nación. Con él, Alemania volvía a ocupar el centro de Occidente, su destino filosófico. Si en algún lugar podía revivir la gloria de Atenas era entre nosotros. Esa bandera era la que ahora debíamos tener el coraje de levantar, esgrimir. Sin embargo, me adelanto.

En Marburgo era Rainer Minder quien pensaba estas cosas. Yo, temeroso, lo escuchaba y demoraba mi decisión. Secretamente (creo) ya estaba tomada, pero todavía dudaba de hacerla pública; ni siquiera, hijo, ante mí. Uno teme arrojarse a los abismos o escalar las cimas. Aquí, se trataba de la cima. De trepar hasta las cumbres más altas de la espiritualidad alemana y su misión irrenunciable: defender la permanencia del espíritu de Occidente, su centralidad. Su espacio abierto por la batalla; su voluntad incontenible, en permanente expansión guerrera.

Nos reuníamos en casa de una joven estudiante, bella, de tez algo oscura y ojos aún más oscuros que solían brillar de modo arrasador. Era su inteligencia lo que arrasaba, era su pasión y un arrojo a la vida que sólo podía explicarse si uno comprendía y aceptaba —dado que no cabía otra explicación— que habitaba en ella una sed que jamás saciaría, de la que no habría de librarse nunca y cuyo poder era incierto y temible: un *pathos* que podría tanto aniquilarla como darle un sentido trascendente a cada uno de sus días. Vivía, ella, en los bordes. Se llamaba Hannah y fue Rainer quien me impuso su presencia, que acepté gozoso.

Hannah tenía un secreto. Eso que suele llamarse un secreto a voces. Nuestro egregio Maestro había depositado, codiciándola, sus ojos en ella. No era sorprendente esta actitud del Maestro. Solía entregarse a amores clandestinos sin incomodidad considerable. Rainer —que fue el que me relató estos hechos— aceptaba sin estrépito estas sinuosidades. Lamentaba que la mayoría de las elegidas fueran judías. O tal vez se sorprendiera de ello. Ya que, al ser la esposa de Heidegger una inocultable antisemita (inocultable, ante todo, porque ella no ocultaba ese odio), conjeturaba, Rainer, que su odio habría de aumentar *ad infinitum* al descubrir que el Maestro sostenía amores a sus espaldas y a espaldas, también, de sus convicciones. O sea, con judías. Rainer, durante esos días de Marburgo, era comprensivo y cálido con los judíos, sobre todo con

los judíos como Hannah, a quienes consideraba *alemanes*, judíos asimilados a nuestra *Kultur*, judíos que merecían formar parte de ella por haberla enriquecido. Sospechaba, yo, que Rainer quería sobre todo no establecer distancias con Hannah, a quien admiraba y deseaba. Me dijo, cierta vez, que vivía enamorado de ella. Y me fue inevitable inferir que deseaba quitársela al *Profesor* o, al menos, compartirla con él, excelso modo de recibir, por medio de Hannah, todo cuanto de Heidegger había en ella. De aquí que fuera arduo resolver si Rainer amaba a Hannah o a Heidegger, a quien amábamos todos, aunque sin la osadía, propia de un hombre del temple de Rainer, de perseverar por arrebatarle una de sus «margaritas judías». Como fuere, Hannah intimó con Rainer y le habló largamente de sus amores con el *Profesor*. Rainer, luego, me narró esas historias —con una tonalidad sombría o abiertamente torturada— que despertaron en mí sólo dudas, tristezas o, más grave aún, presunciones alarmantes sobre su salud mental.

Hannah nunca me confió nada. Sólo, día tras día, la tristeza fue ganando sus ojos, apagando su brillo, enturbiándolos.

En 1927 apareció *Ser y tiempo*. Dediqué un año a estudiarlo.

El genio de Hegel, cuando tempranamente leí la *Fenomenología del Espíritu*, me había deslumbrado.

El de Heidegger me encegueció.

No sé si elegirás la filosofía como destino. No sé si te destinarás a ella. Eres, todavía, muy joven y, aunque descubro en tus palabras o en los conceptos que a veces, en sus momentos más luminosos, asoman en ellas, el genio que justificaría una entrega al saber de los saberes, ese genio es errático en ti, elusivo, se muestra y se oculta. Ignoro, por otro lado, si ambicionarte un destino filosófico. Yo tuve uno y no creo que me haya arrojado en brazos de la alegría. ¿Sería justo, no obstante, culpar a la filosofía por la

impiedad de los tiempos? ¿Fue ella o fueron las asperezas de la historia las que me destinaron a escribirte esta carta, estas confesiones sin esperanzas?

Del modo que sea, no puedo evitarte la condena de un mandato. No transcurras por este mundo, no vivas tu vida sin leer *Ser y tiempo*. Este mandato se basa en uno mío y no debiera ser transferible. No puedo evitarlo. Intentaré narrarte el origen de mi mandato y el poder que tuvo para mí. Poder tan poderoso, hijo, que me condena a la insensatez de exigirte (¿o acaso es otra cosa el pedido de un padre?) la lectura de ese libro de escritura árida, desbordante de neologismos y opulencias que, necesariamente, despiertan en el lector la certeza de sus propios límites, el vértigo desesperado de sus insuficiencias. Acaso la filosofía sea *también* eso. Acaso Heidegger, su grandeza, sea *también* eso: la certidumbre de no alcanzarlo jamás, el espectáculo de una mente inaccesible, el dolor de ver la cumbre, la real posibilidad de su existencia, y el tormento de nunca llegar a ella, porque sólo uno podía, y ése era él. Un industrial del acero, un hombre poderoso, aristocrático, que alimentaba las industrias de guerra del Reich, solía sentarse en las butacas traseras del auditorio en que el Maestro dictaba sus clases. Cierta vez le oí decir: «¡Dios mío! No entiendo nada. Pero, ¡esto es filosofía!».

Rainer odiaba el desquicio de la República de Weimar. Odiaba a sus políticos corruptos y mediocres, a sus sindicatos en manos del bolchevismo, a los financieros judíos y a esa turbia ausencia de identidad, a ese cosmopolitismo obsceno. Había que volver a la tierra y a la sangre, decía. Y siempre que hablaba de la urbe contaminada, del hacinamiento, de la peste, de la inauténticidad, del espacio en que el Ser era olvidado y los hombres se entregaban a la luxuria de los entes bajo la modalidad del dinero y el sexo, una palabra, la palabra que señalaba una ciudad, salía de su boca con la violencia de un escupitajo: Berlín.

Yo no conocía Berlín.

Rainer me llevó y no se privó de decir que ese viaje sería un viaje a las entrañas del Infierno. Nada sabía —y esta situación ya llevaba dos años— de Hannah. Supo, y me contó, que el *Profesor* se la había «quitado de encima» derivándola a estudiar con Jaspers. Actitud que había determinado, para mi amigo, un tormento inesperado: no verla más. Sólo una vez, masticando con rabia sus palabras, me confesó que habría de buscarla. Que, dijo, «esa judía» no se le habría de escapar. A esta altura no me sorprendió el espesor más que desdeñoso con que Rainer dijo «esa judía». La ausencia o la huida o el abandono de Hannah detonó en él una presencia interior sofocada: su antisemitismo. Odiaba, como todos sus camaradas de las SA, a los judíos. Yo no compartía ese odio.

Llegamos a Berlín en un invierno helado, tal vez cruel. Nunca, sin embargo, tan cruel ni temible como los tumultos que sacudían la ciudad. Berlín era una geografía helada pero, antes que eso, mucho más que eso, era un hervidero de pasiones desmedidas, de presagios. Este ardor aniquilaba el frío, era el ardor del odio y ya quemaba. Rainer me habló de infinitas cosas, pero, de a poco, su repugnancia, su odio por el cosmopolitismo decadente, se concentró en un *antro*, esta palabra usó, de diversión nocturna, un engendro berlínés que resumía todas las bajezas de la democracia, del parlamentarismo socialdemócrata, del cosmopolitismo judío, de la decadencia afrancesada (el «inmundo», dijo, «espíritu de Baudelaire, ese enemigo espiritual de Hölderlin») y la opulencia de la vieja aristocracia germana, alcoholizada hasta la imbecilidad o la demencia, estragada por los vicios de la derrota. Esa creación pestilente, demoníaca, dijo, era el *Cabaret*. La misma noche en que llegamos decidió llevarme al peor de todos. Al *Kit Kat Club*, cuyo repugnante presentador, un *clown* tal vez patético pero —igualmente — la encarnación de la pesadilla y la imposibilidad de la Alemania auténtica, saludaba al público, no en alemán, sino en tres idiomas: *Willkommen, Bienvenu, Welcome*. ¿Te das cuenta, Dieter?, decía Rainer. En el país en que se habla la lengua de Hölderlin, de Hegel, de Nietzsche, en este país, este imbécil dice *bienvenu* y *welcome*,

habla el idioma de la Francia decadente y del mercantilismo judeo-norteamericano.

Esa noche, fuimos.

Antes de entrar, o en camino, agregó: «Para colmo, tienen una prostituta que canta y baila con impudicia sin límites. Y es norteamericana, Dieter. ¿Lo ves? Pura mierda cosmopolita». Entramos.

Ella tenía grandes ojos redondos y negros, pestañas desmedidas y miraba como si un asombro perpetuo la dominara. Sus movimientos eran procaces, su ropa exigua, cantaba en un inglés rústico al que añadía, buscando la complicidad del público, palabras en alemán. A mí me pareció bonita, graciosa, pero decididamente insultante, o, peor aún, blasfema. Rainer vestía el uniforme de las SA. Yo lo escuchaba respirar con una sonoridad rabiosa y hasta me llegaba el sudor caliente que exhalaba, como si estuviera a punto de explotar. Cosa que sucedió no bien la Srta. Bowles —tal era su nombre: Sally Bowles— y el repugnante Maestro de Ceremonias cantaron y bailaron juntos una canción que celebraba al dinero como el espíritu dinámico del mundo. Era un himno al materialismo, a la voracidad semita de riquezas, al capitalismo sin patria, a las miserias del modernismo. Repetían la palabra *dinero* muchas, demasiadas veces. Y concluían, gozosos, aseverando que el dinero es lo que mueve al mundo. Rainer no les permitió terminar. Se puso de pie y les gritó los improperios que él, un patriota de nuestro renacimiento alemán, un enemigo del monetarismo judío, un hombre de la tierra y de la sangre y no de la cultura urbana y mercantil, debía gritarles. Fue devastador. La Srta. Bowles y su *clown* repugnante dejaron de bailar, de cantar. Algunos parroquianos nos gritaron insultos previsibles. Otros nos apoyaron. Hubo golpes de puño, escupitajos, sillas rotas, y todo se redujo a un silencio helado y hasta terrorífico cuando Rainer sacó su pistola y tiró dos o tres tiros al aire y bramó que los próximos buscarían el corazón podrido de los podridos clientes de ese lugar infernal. Buscamos la salida. Seguí a Rainer y, antes de salir por

completo, eché una mirada por sobre mi hombro, hacia el escenario, donde aún estaba la Srta. Bowles. La vi desplomada sobre una silla y lloraba ruidosamente y el maquillaje de sus grandes pestañas marcaba surcos negros en su cara y sus ojos habían trocado el asombro por el miedo. Juré visitarla al día siguiente.

Así lo hice. Insólitamente, le pedí disculpas por la actitud de mi compañero. Insólitamente, ella las aceptó, bebimos un par de cervezas y, más insólitamente aún, me narró historias de su vida, sórdidas algunas; menos sórdidas y hasta luminosas o divertidas, otras.

Le aconsejé que abandonara Berlín.

Rainer volvió feliz a Marburgo. Nosotros somos hombres de provincia, dijo, de la tierra, no somos, por desdicha, campesinos pero no seremos verdaderos alemanes si no leemos en el alma de nuestros campesinos, si no aprendemos de ellos. La patria es la tierra y nuestra sangre sólo será alemana si se derrama para defenderla. Estas frases las escuchaba de Ernst Rohm, el Führer de las SA, a quien, poco a poco, pero sin desmayo, se fue acercando; tanto, que se le hizo indispensable. Cierta día, un hervor de palabras desquiciadas me golpearon como azotes. Fue Rainer quien las dijo y las dijo en una cervecería a la que solíamos acudir para hablar de cuestiones filosóficas, no de desvaríos pasionales. No sé si estaba borracho, no sé si necesitaba estarlo. No sé, sobre todo, qué tipo de borrachera lo poseía. Me dijo que Heidegger se había acercado a Rohm. Que era uno de ellos. Que ellos lo llevarían al Rectorado de Friburgo. Que Hitler (dijo, para mi asombro infinito y para mi terror o mi extravío) no duraría mucho. Que era necesaria una segunda revolución. Una revolución dentro de la revolución. Que Hitler cedía demasiado ante los aristócratas del acero. Ante la gloria decadente del decadente Ejército alemán. Que ellos eran el nuevo Ejército. Que Rohm sería el Führer y Heidegger el Führer filosófico de la nueva etapa de la revolución: la etapa socialista, dijo. Le dije («me permito recordarte», así empecé) que la revolución nacionalsocialista se había hecho para impedir el avance de la ola

roja sobre Alemania. Me dijo («me permito recordarte», dijo también) que el único modo de aniquilar la ola roja es destruir a nuestra podrida burguesía. Si los dejamos, ellos van a frenar, no lo dudes, la ola roja, pero de otro modo, del único que formidablemente saben: seduciéndolos, metiéndolos como socios menores en el alma de Alemania. No vamos a permitirlo. Si la nación es nuestra, también lo será el socialismo. Hay que destruir al ejército y a la aristocracia del capital, a los señores del acero. Somos muchos, se ufanó, crecemos jóvenes, incontenibles. Rohm y Heidegger ya se reunieron. El *Profesor* está con nosotros y pronto, con nosotros también, será *Rektor* de Friburgo. Encendió una pipa opulenta, la hizo humear con la tersura, con el misterio de una niebla matutina, una niebla del Rhin. Entonces dijo algo acaso tan sorprendente como aquello que ya había dicho, pero quizá más extraviado, urdido por un trastorno, por una falta de quicio que anclaba (no en la tumultuosa historia de Alemania) sino en algún socavón inalcanzable de su conciencia, un socavón en el que sólo la locura podía habitar. «¿Sabes a quién sigue viendo?», preguntó. «¿Sabes a quién condena a la humillación de fornicar en estaciones ferroviarias abyectas? A la judía, querido amigo. A nuestra Hannah. Y ella, prostituyéndose, acepta. Se la derivó a Jaspers. Pero, con repugnante frecuencia, clandestina, indignamente, la somete en algún apeadero entre Marburgo y Heidelberg. Se lo comenté a Rohm. Me dijo: “Decida usted. Esa relación enturbia nuestros planes. Hay que impedirla. Piense algo y dígamelo. Lo que sea, lo haremos”». Rainer sonrió íntimamente. Le gustaba narrarme estas opacidades. Le gustaba exhibirse ante mí como un mago de la historia, un hacedor de destinos. Todo estaba en sus manos. Rohm y la profundización del movimiento nazi. Heidegger y el alma metafísica de Alemania. Y, sobre todo, Hannah, la judía, la impura, la mujer que, con un amor imposible y rencoroso, amaba. Le pregunté qué pensaba hacer. Lo único posible, dijo. Aniquilar a la judía. Rescatar a Heidegger. «En suma, querido amigo». Pidió otra cerveza. «Lo de siempre». Había anochecido. El humo de su pipa se perdía entre las sombras, pero

cuando lo expelía con fuerza, hacia lo alto, parecía buscar las estrellas. «*Salvar a Alemania*».

Visité a Hannah en su buhardilla. Leía un reciente trabajo de Heidegger sobre el que omitió comentario alguno. Siempre me cautivaron (soy consciente de este verbo, cautivar y de sus caprichosas, complejas sinonimias, dotadas para señalar la obviedad, por ejemplo: *seducir*, pero también para deslizarse hacia significados temibles: esclavizar, encadenar, apresar; presumo que era éste el sentido en que Hannah cautivaba o seducía, dado que caer en esas redes que ella desplegaba imperceptiblemente, con inocencia o sin deseo de dañar a nadie, era esclavizarse, ser apresado, ser una presa en sus manos, ¿habría seducido así al Maestro?) sus ojos tajantes y oscuros, su frente, la brillantez de su palabra, su precisión. Supongo que todo eso era su belleza. También sus variados, sorprendentes vestidos verdes. De pronto, un vahído de indignidad, o una grave presunción de estupidez, de irrefutable bobería me commovió. ¿Qué hacía yo ahí, en la buhardilla de Hannah, qué juego jugaba, qué pretendía salvar? El vahído lo provocó una imagen. Hay imágenes que hemos borrado y con súbita insolencia, con agresividad despiadada, nos golpean con tanta fuerza como para, tal vez, devastarnos. Recordé a la cantante norteamericana. La imagen (ya que ésta fue la imagen) de la Sra. Bowles destelló en mí encegueciéndome. ¿En qué me estaba transformando? ¿En el salvador de las víctimas femeninas de Rainer? Fui sincero: se lo confesé a Hannah.

También ella conocía a Sally Bowles. También ella había cedido a la tentación berlinesa. Era amiga de un hombre de la aristocracia, alguien que creía encarnar el espíritu alemán en su punto más alto, más refinado. El barón Maximilien von Heune. Tan educado que ni el antisemitismo se permitía. Menos con una judía como yo, culta y abierta a todas las sorpresas. Se hizo cargo de mí no bien llegué a Berlín. Sería mi guía. Mi protector. Me ayudaría a descifrar las tramas infinitas de esa polis caótica, feroz. Algo le gustaba de mí. No sé qué. Me escuchaba horas hablarle de los griegos. No miraba

mi escote ni mis piernas, prefería preguntarme por qué Nietzsche encontraba en Platón tantos extravíos. O por qué era tan preferible elegir a Dioniso y desdeñar a Apolo. Bebía licores exóticos. Se embriagaba con lentitud y elegancia. Hablaba, entonces, de Baco y preguntaba, torpemente, si no lo unía con Dioniso una pasión por los extremos, por los sentidos. Y hasta —era capaz de arriesgar— por la locura. Evitaba responder tan insanables confusiones. Pero cierta vez le dije esa definición que da Hegel de la *verdad*, la recordarás sin duda, a pocas páginas de iniciar el *Prefacio de la Fenomenología*. Lo hice teatralmente. Lo tomé por las manos. Le clavé mis ojos y con dramatismo dije: «La verdad es el delirio báquico en el que cada miembro se entrega a la embriaguez». Le sonó tan sublime que me besó en la boca. Luego, muy naturalmente, dijo: «No te preocupes. Soy homosexual». Le dije que pocas veces había recibido un beso tan hermoso. Decidimos, riéndonos, atribuirle todo el mérito a Hegel.

Me llevó, protegiéndome, al *Kit Kat Club*. Felices, escuchamos a Sally Bowles y luego ella vino a nuestra mesa. Volvamos, brevemente, a Hegel. Sally era la verdad hegeliana: era el delirio báquico, toda ella vivía para entregarse a la embriaguez. No cesó de hablar durante casi una hora. Tenía miles de planes. Sobre todo quería ser una gran actriz de cine. Habló de su padre diplomático. De sus amores con las otras chicas del *cabaret* y de sus redituables romances con los clientes más acaudalados. Habló de Berlín: amaba el caos de la ciudad. Amaba el estruendo. Tanto, que se ponía bajo los puentes de los trenes y los esperaba entre palpitaciones y ahogos. Nos llevó a esa aventura. Si la seguimos fue, habría sido improbable de otro modo, porque Maximilien y yo también nos habíamos puesto bastante báquicos. Los tres, como niños, como inocentes niños alcoholizados y algo tontos, nos metimos bajo un puente, nos apoyamos contra los ladrillos rojos del muro y esperamos la llegada del tren. Sally conducía la aventura. Gritamos cuando ella gritó. Gritamos cuando el mundo estalló sobre nosotros. Cuando el tren cruzó ese puente como una metralla que

I llevaba en sí el estruendo de una entera guerra. Gritamos como locos. Gritamos como Sally. Después, así era de inesperada la Sra. Bowles, todo terminó para ella. Ya, dijo, estaba hecho lo que quería hacer. Ahora, dijo, sólo quiero dormir. Hizo un gesto danzarín con una de sus manos de uñas verdes o violetas y se desvaneció en la noche, en medio de una nube muy blanca y espesa que el tren había dejado tras de sí. Maximilien y yo quedamos solos y, algo atónitos, nos miramos. Yo tenía muchas ganas de hacer, todavía, cosas. Tan breve había sido todo y tan larga me parecía aún la noche que dije una frase impensada, tan sorpresiva como verdadera: «Qué lástima que seas homosexual». Maximilien me miró, sonrió y dijo algo muy breve, algo que fue, para mí, un halago desmedido, el punto exquisito de una noche de embriaguez. «No todo el tiempo», dijo.

Hannah me pidió que no me preocupara por ella. Que olvidara a Rainer. Nada le haría. Mi historia con Heidegger está por terminar. Mi amor, no. Me dijo que se sentía condenada, destinada a amar a ese hombre toda su vida. Le dije que, de un modo u otro, eso nos pasaba a muchos.

Se rió sonoramente y descubrí que sus dientes eran grandes y brillaban. Querido Dieter, dijo, lo que a mí me pasa con el Maestro no me pasa «de un modo u otro». Me pasa «de un modo y de otro». Me pasa de todos los modos posibles que pueda pasarme. A eso me refiero cuando digo que lo amo. No creo que eso te pase a ti. Me sentí algo tonto. Era un sentimiento al que Hannah, conscientemente o no, solía llevarme. Nunca esgrimí su condición de mujer para minusvalorar o negar (protegiéndome) su inteligencia. Era brillante y yo, y muchos otros, entre ellos Rainer, nos desmerecíamos a su lado. Tal vez por eso (o sin duda por eso) supimos más admirarla entre el deslumbramiento y el rencor que amarla verdaderamente. No creo que vuelva a verme con Martin, dijo. Acaso sólo reste una despedida. Pero no más que eso. Le

pregunté si, en busca de serenarlo, podía comunicar a Rainer esa decisión. Me lo prohibió por completo. Rainer, dijo con un hilo de voz, no merece formar parte de esta historia, ensuciarla.

Nunca más vi a Hannah Arendt.

Rainer, sí. La amaba y la odiaba demasiado como para no provocarle un dolor sin reparo, definitivo. No me preguntes qué tormentas tenían lugar en el alma de Rainer, pero eran peligrosas y herían a todos quienes lo rodeaban. ¿Conocí a Rainer, supe o sospeché, en algún privilegiado, misterioso instante, quién era, en busca de qué andaba por el mundo, qué pasión lo constituía, o por qué, a todas luces, sólo parecía constituirlo la del odio? ¿Era posible conocer a los hombres en esa encrucijada de la historia? ¿Alguno de ellos era él mismo? ¿No vivíamos todos urdidos por acontecimientos que nos superaban, que nos arrastraban? Había tantos llamados, tantos imperativos que desconocían toda dilación, toda duda, que parecíamos arrojados en medio de una gran tormenta que llevaba, sin duda, a la grandeza, pero cuyo costo desconocíamos y cuyo horizonte era ahora, estaba aquí, se nos caía encima (el futuro se nos caía encima, hijo: no sé si consigo expresarte o podría la incertidumbre que eso ocasiona) y nosotros, al menos yo, parecíamos todavía inermes, desvalidos. Presumo que faltaba odio en mí, que carecía de esa fuerza titánica que movía a Rainer y sus fragorosos compañeros. Presumo —me arriesgaré a esta confesión— que tu padre fue un nacionalsocialista incapaz de colmar de furia y de odio su espíritu. Durante esos días sólo con vergüenza, casi con deshonor podía confesarme algo así.

Rainer llevó a cabo su gran hazaña: humillar a la judía. Supo todo lo que tenía que saber. Qué tren tomaría. En qué estación elegiría apearse. Qué camino habría de seguir para —en un atardecer de inusitada, violenta belleza— llegar hasta la cabaña en que el Maestro esperaba por ella. Me lo contó (transpirado, la cara roja, los ojos muy abiertos y brillantes de triunfo y aborrecimiento)

cerca de la medianoche del día de los sucesos. Se había dejado caer en un sillón de madera, sobre un almohadón generoso hecho de una tela antigua, roja y muy oscura y tan alemana y tan fuerte como la prosa de Nietzsche. «Hoy», dijo, triunfal, «la judía se arrastró por el barro de su humillación. Ahí la hundí y ahí quedó». Hice lo previsible. Le pedí que se calmara. Le ofrecí un cognac. Le ofrecí una aspirina que, en su áspero estilo, rechazó: «No seas imbécil, Dieter. ¿Cómo se te ocurre confundir a un hombre victorioso con un enfermo?».

Siguió a Hannah por unos caminos de campo que —dijo— eran suyos y no de la judía, que los ofendía al transistarlos y, peor aún, al transistarlos en busca del pecado. Son míos porque soy un alemán verdadero y todo alemán verdadero está unido a la tierra, al campo, a sus caminos. Recuerda nuestros días en Berlín. Es una gran ciudad de nuestro gran país pero nuestra grandeza, Dieter, es otra. Es la de la tierra, la del campo y sus caminos. Le dije que el Maestro solía decir esas cosas. Me dijo que sí, pero que él se las había oído decir no sólo con la serenidad del campesino sino, también, con la convicción del soldado. Supongo que me disponía a preguntarle a quién y en qué momento y por qué cuando me avasalló su voz ronca, un recitado pastoril, bucólico pero guerrero. ¿Así le habría escuchado decir esas frases al Maestro?

Ahora se paseaba por la habitación. Se servía más cognac y agitaba su mano derecha como si arengara a una multitud. Ninguna de sus palabras (y esto fue, para mí, sorprendente) tenía un sentido bélico; lo tenían, sí, su tono, su voz, los movimientos torpes pero marciales de su cuerpo, de su cuerpo que recorría la habitación, encontraba o creaba espacios y huecos y no parecería destinado a serenarse. «El aliento del camino de campo», decía, «despierta un sentido que ama lo libre y que, en el lugar propicio, todavía consigue salvar la aflicción hacia una última serenidad. En el aire del camino de campo madura la sabiduría. En su senda se encuentran la tormenta de invierno y el día de la siega, coinciden lo vivaz y excitante de la primavera con lo quedo y feneciente del otoño, están

frente a frente el juego de la juventud y la sabiduría de la vejez». Saltó sobre el sillón y —como si estuviera en un palco, en un proscenio espléndido, en una aurora secreta, íntima— dijo: «Escucha, Dieter. Son las palabras del Maestro. Su sabiduría se amasó en provincias y él sabe decirlo. ¿Me escuchas?». Asentí. Entonces, con una voz no áspera sino tersa, cuidadosa, dijo: «La sabia serenidad es una apertura a lo eterno. Su puerta se abre sobre los goznes antaño forjados con los enigmas de la vida por un herrero experto». Largó una carcajada repentina y brutal. «Él abrió la puerta, Dieter», bramó. «Él, nuestro Maestro, hizo girar los goznes antaño forjados con los enigmas de la vida para que la hetaira judía entrara en esa cabaña infame. Para eso la joven Hannah había cruzado, ofendiéndolo, el camino de campo. Para pecar. Para forniciar. Para extraviar al Maestro y hundirlo en el vicio de la carne, en la desvergüenza del adulterio. Fue una pesadilla verlo ahí, donde jamás había pensado o imaginado y menos aún deseado verlo. El sol brillaba gloriosamente en su frente olímpica, única. Pero él se hundía en lo innoble, en la turbiedad de la carne, irredento y gozoso, obsceno. Abrazó a la hetaira judía, la besó y la hundió en esa cabaña con la avidez de un ser primitivo, brutal. Heidegger tiene más de treinta y cinco años, Dieter, dos hijos y su mujer, Elfride, es una camarada de la primera hora y su repulsa por los judíos, como debe ser, no tiene límites. ¿Imaginas el orgullo perverso de la perra de Israel al humillar a una madre nacionalsocialista, a una mujer de nuestro pueblo, de nuestra tierra?».

No me atreví a decirle que Heidegger colaboraba con ese triunfo. No me atreví a cosas peores: a decirle que, tal vez, la amara. Que descubriera en Hannah cosas que su mujer no sabía ni podía darle. No me atreví y lo hice por miedo, para protegerme. A esta altura del relato, incluso de nuestra amistad, a Rainer, yo, le temía. Esperó entre unos viejos tilos, en el espacioso jardín de los alrededores, esperó hasta el atardecer y hasta que ella salió, junto a él, se abrazaron, se besaron y se despidieron. Me quedé entre los

tilos, Dieter. Ya llevaba ahí dos horas o más o las que fuere. ¿Qué podía yo saber del tiempo estúpido de los relojes si todo el tiempo, enfebrecido, me decía «ahora, ahora mismo, fornican como animales»? La seguí hasta la estación del tren. Ahí, con un ímpetu miliciano, me planté frente a ella. Para mi sorpresa, no pareció atemorizarse. Sé, dijo, que me vienes siguiendo desde que partí hacia aquí. Como verás, no me importó. Sé que estás enfermo, no puedo evitarlo y no evitaré por eso hacer las cosas que deseo. Pero no te preocunes. No habrá más encuentros entre Heidegger y yo. Te lo devuelvo. «No a mí, perra judía», dije. «A la patria». «Es mi patria también», dijo. Le pregunté, con una ironía tramada para lastimarla y hasta para meterle miedo, si todavía seguía creyendo eso. Le brillaban los ojos y estaba a punto de romper a llorar. «Cada vez menos», dijo. «Entonces sería prudente que te fueras, Hannah. Alemania será cada vez un lugar más inseguro para ti y los tuyos». Dijo que sí, que lo sabía y luego dijo otra vez que sí, que habría de irse, que se casaría con un hombre al que aprendería a amar y no retornaría jamás a Alemania. Tuve alguna commiseración. «Hannah, soy un oficial de las SA», dije. «Te diré las cosas como son. Creí que tus encuentros con el Maestro habían cesado. Soy un hombre de Ernst Rohm. Somos una fuerza poderosa y queremos tener a Martin Heidegger con nosotros. Si te vas de Alemania y vuelves. Si te vas de Alemania, vuelves y te acercas otra vez a Heidegger, te mataremos. O acabarás en un campo de prisioneros. Ya hemos construido varios». No dijo palabra. Llegó el tren, subió y evitó arrojarme siquiera una mirada. Tampoco sé si yo lo habría deseado.

Rainer se veía sereno ahora, la tormenta había pasado, pero en su espíritu (en el que la furia nunca se detenía) anidaba más el cansancio que la paz o la serenidad del camino. Me serví algo de cognac. Me sentía helado. Me temblaban las manos. Pregunté: «Rainer, ¿es cierto entonces eso de los campos de prisioneros?». Me clavó sus ojos crueles. «Dieter, querido», dijo. «Llevamos meses construyéndolos». Y añadió: «Será apropiado que dejes de preguntarte por el Ser. Apruebo que no caigas en la inauténticidad

de su olvido. Pero ya es hora de que empieces a enterarte de algunas cosas».

Me propuso entrar en las SA.

Rainer se volvía torpe. Cabría, aquí, preguntarse por los costos de la militancia partidaria. Habrás notado, o no habrás podido no hacerlo, reticencias en mí, cautelas, distancias entre los hechos desnudos y brutales y el pensamiento que debe someterlos antes de cualquier elección. Cuando hablo de *someterimiento* no me refiero a una razón tiránica que juzgue desde sí y no sepa abrirse a nada. El arrojo de los griegos a sus posibles, la apertura de la temporalidad era un genuino estado de abierto. El estado de abierto permite el desocultamiento de la verdad, ella se me devela (*alétheia*), yo no la someto, no la sojuzgo a los cánones instrumentales de la razón. La verdad ya no es la *adaequatio* entre el sujeto y el objeto (*intellectus-res*). La verdad se hace presente, se des-oculta y este desocultamiento llega a mí por mi estado de abierto. La modernidad ha arrasado con esto. Ha entendido a la razón como técnica para someter los entes. Es el abominable tecnocapitalismo.

Sé que leerás por primera vez esta carta a tus escasos catorce años. Trataré de ser desesperadamente claro. Sé, sin embargo, que la seguirás leyendo a lo largo de tu vida. No quiero, entonces, dejar de lado las dificultades de lo que no es fácil. Ahí donde no me entiendas, léeme otra vez. Y otra vez. Y una vez más. Y si no entiendes, continúa. Alguna vez entenderás. Pero no odies las dificultades ni te sientas herido por ellas. No están para atacarte ni desdeñarte ni señalar tus limitaciones. Están porque tienen que estar. Porque la filosofía (y ésta, aunque su autor jamás haya alcanzado las cimas que otros sí, que Kant, Hegel o Heidegger, definitivamente, sí, es la carta de un filósofo) reclama nuestra inteligencia y nuestra voluntad. También nuestro orgullo. No cedas. No te dejes abatir por los escollos. Hay cosas que son difíciles porque lo son. Porque una carta como ésta, en la que se traman la

historia, la reflexión, las pasiones, el destino individual y el colectivo, la relación entre un Führer político y un Führer del pensamiento o entre un Maestro atrozmente genial y su azorado discípulo, entre un padre y un hijo, entre un padre y un hijo al que ese padre le explica las razones últimas de decisiones últimas, una carta escrita para echar alguna luz sobre situaciones límite, no puede tener la transparencia de lo inmediato. Todo lo inmediato es incompleto. Todo lo que no vuelve sobre sí, lo que no se quiebra, no padece ruptura alguna, no crece. Se crece, siempre, entre tormentas, entre quiebres irreparables, dolorosamente. No hay «lo malo» como no hay «lo bueno». Lo justo y lo injusto se confunden. La tragedia no es la lucha de lo bueno contra lo malo o de lo justo contra lo injusto. Es la lucha de lo justo contra la justo. Antígona y Creonte, Martin: ésa es la tragedia, el enfrentamiento de dos legalidades verdaderas. Ya reconocerás a Hegel en estos tumultos, en estas sediciones contra lo llano, lo mediocre. Escucha: «Pero la vida del espíritu no es la vida que se asusta ante la muerte y se mantiene pura de la desolación, sino la que sabe afrontarla y mantenerse en ella. El espíritu sólo conquista su verdad cuando es capaz de encontrarse a sí mismo en el absoluto desgarramiento».

Esta carta es la historia de un absoluto desgarramiento. Del desocultamiento de la verdad. Y de sus consecuencias.

¿Podía Rainer caminar por estos bordes, por estas cornisas? ¿Podía mirarle la cara al abismo? Ya había demasiadas certezas en él. ¿Cómo pudo haberme dicho que dejara de preguntarme por el Ser? Aunque luego, hábil, hubiera buscado volver de semejante extravío, aunque me hubiera aconsejado no caer en la inauténticidad «de su olvido», lo dicho quedaba dicho, fijo. Un discípulo del Maestro jamás puede decir lo que Rainer, desde su odio, desde su beligerancia partidaria, había dicho. Olvidar la pregunta por el Ser era olvidar a Heidegger. Era olvidar la filosofía. Caer en la barbarie.

Decidí no entrar en las SA. Decidí retornar a la lectura honda de *Ser y tiempo*. Cobijarme en los pliegues ásperos, en las complejidades del pensamiento del Maestro, alejadas de lo inmediato, de lo anónimo. Decidí seguir abierto a la verdad, permitir que se me develara, y no someterme a la disciplina militarista de una organización de choque.

Mi decisión, que le comuniqué, enfureció a Rainer. ¿No me daba cuenta? El destino alemán se dirimía en las calles. Lo que hoy existe en Alemania, dijo, es una guerra civil. Y nuestro enemigo está más claro y decidido y furioso que nunca. Es el bolchevismo, Dieter. ¿Sabes qué ocurre con nuestra patria en tanto tú te refugias en la búsqueda del Ser? Las potencias democráticas, el capitalismo judío internacional planea entregarnos a la Unión Soviética. Piensan: si les damos Alemania se calmarán. Piensan: es un costo menor. Si Alemania se une a Stalin, la Revolución Rusa permanecerá ahí durante décadas o se destrozarán entre ellos. ¿Eso quieres? ¿Quieres que el capitalismo parlamentario nos entregue como botín de guerra? ¡Esto se decide hoy en las calles de Alemania! ¿Has visto alguna vez en acción a los grupos bolcheviques de choque? Yo puedo decirte cómo pelean y cómo matan los comunistas. Los que asesinan y torturan en este país apocalíptico pero incontenible no sólo visten camisas pardas, Dieter.

Conozco el informe del ministro del interior, dije. El imbécil de PreuBens, dijo Rainer. Pero dijo la verdad. Dijo lo que nosotros ya sabíamos. En el verano de 1931 los comunistas mataron más de los nuestros que nosotros de todo tipo de enemigo que tengamos sobre esta tierra, y son muchos. ¿Conoces la cara de un comunista que se te arroja para matarte? Yo sí, Dieter. Es más feroz que nosotros. Cree tener más razones y —sobre todo— mejores razones que nosotros. Eso hace que los hombres maten. Cuanto más seguro está uno de tener razón, más seguro está de matar. Y ellos se sienten elegidos por la historia. Son el movimiento obrero alemán.

Son los que van a alimentar a los millones de desocupados que vagan, que merodean hambrientos por nuestras calles. Peor aún: ya los convencieron. Son la unidad de Alemania y de Rusia. El gran frente contra el capitalismo de la propiedad privada. ¡Hasta dicen defender a los judíos y los odian más que nosotros porque no hay odio peor que el interno, el que una raza maldita se tiene entre sí! Tienen diputados hábiles, serpientes que atacan y envenenan. El pestilente Remmele, para quien ya tenemos reservada una bala, gritó en el *Reichstag*: «Somos los vencedores del mañana. Y la pregunta ya no es quién vencerá a quién. Esa pregunta ya está decidida». ¡No, no, nunca! Esa pregunta se decide hoy en las calles de Alemania. ¿Has leído lo que prometen? Jornada laboral de siete horas, salarios iguales para todos, semana laboral de cuatro días. Quieren un pueblo de indolentes, de ociosos para levantar un país destruido.

Hasta el judío Trotski alabó al Führer. No es un «asesino de judíos», dijo. «Es el supremo enemigo de la burguesía mundial». Rohm vomitó de rabia y de asco al enterarse. Nos arengó como a un gran ejército. Como a hombres que están en medio de la más decisiva de las batallas. Y señaló el horizonte de nuestro destino: «O la estrella soviética o la cruz gamada». Y tú aquí, querido amigo, preguntándote por el Ser. ¿O no crees que es el destino del Ser el que se juega en esta guerra, hoy, en las calles sangrientas de las ciudades alemanas?

Rainer vivía desde hacía un año o más en un lugar impensable. O tal vez en el más previsible de todos. Había alquilado la buhardilla de Hannah. «Me repugna admitirlo», decía. «Pero mi sangre arde cuando me penetra el olor que la judía dejó entre esas paredes». El lugar le traía algunas incomodidades. Vivía entre Marburgo y Friburgo. Pero Rainer vivía en toda Alemania, dado que en todo su territorio libraba su guerra, la de los suyos, los SA. Fue en la mítica buhardilla de la judía ausente donde sus confesiones llegaron más lejos que nunca. Comíamos y bebíamos en un atardecer frío y rojizo. Nada especial: cerveza, salchichas, papas. Algo de vino

después. Rainer era de esos arios rubios y puros y fuertes que enrojecen no bien el alcohol se les mete en la sangre.

Fue mi pregunta la que llevó todo a un extremo y fue mi pregunta la que no lo sorprendió, sino que pareció agradarle. La oportunidad, vio en ella, de narrar sus verdaderas hazañas.

¿A cuántos comunistas mataste ya?

Estaba con su uniforme pardo, su gorra, el brazalete con la cruz gamada y una cartuchera al cinto. Sacó una pistola y la puso sobre la mesa.

Es una Luger, dijo.

Sé lo que es. Heredé una de mi padre. La usó durante la Gran Guerra.

Yo también la uso en una guerra. Y es aún más grande que la que libró tu padre.

¿A cuántos comunistas mataste con esa Luger?

Uno no cuenta los muertos en una guerra. Ni los propios.

A uno. ¿Mataste a uno?

Desde luego.

Estaba herido. Vestía como un miserable. Un rojo harapiento. Uno de los tantos que quieren robarnos lo nuestro para construir un partido obrero, no nacional sino obrero, de proletarios sin patria, y vestirse bien, comer bien, tener mujeres y el infinito poder de la burocracia del Estado. Se metió, tambaleándose, en un callejón. Creyó que nadie lo vería. No tuvo suerte. Yo lo vi. El centro de Berlín era una masacre de fieras. No sé si uno sabe, en esos momentos, por qué pelea. Creo que lo olvidó. Creo que recordarlo sería distraerse. Distraerse sería morir. Uno, apenas, y con esto alcanza, Dieter, sabe que tiene que matar al que no es como uno, al del otro bando, al enemigo. Nos gritamos cosas como «¡Bolcheviques! ¡Nazis! ¡Rojos de mierda!». Pero no importa. Lo que importa es gritar. Gritar genera furia y poder. Gritar enceguece. Sólo el odio vive en el grito. Y sólo el odio alimenta el deseo de matar.

El rojo se metió en un callejón con barro, con sangre, con ratas. Se dejó caer y si alguna esperanza de reposo lo alentaba se le disipó en seguida. Yo estaba ahí, frente a él, erguido, con la Luger, encañonándolo. Fue muy fácil, Dieter. Si no fuera fácil no sería la guerra. Tu pregunta: «¿Mataste a uno?», es una trampa. Es basura humanista, Dieter. ¿Sabes cómo se completa? «Con uno alcanza». O: «Si mataste a uno no importa a cuántos mataste después». Pura mierda. Pura escoria humanista, burguesa, pacifista, socialdemócrata. Uno va a la guerra a matar. Acaso tengas algo de razón. Tu pregunta tenga algún sentido. Hay enemigos que se matan de lejos. Como blancos móviles. Como objetivos. Otros no. A otros uno los mata y los ve morir. Los mata y los mira y, aquí está el punto álgido para los débiles, la víctima es la que también te mira. La muerte personal, la que uno le infiere a un pobre rojo que está a sus pies y lo mira con miedo y le ruega piedad, acaso sea más difícil. Es cierto: no es lo mismo matar a alguien que te mira, implorando, a los ojos, que a un objetivo que se desplaza cien o más metros más allá. Es mejor. Matar así, mirando a la víctima, hace de uno un guerrero. Te confirma. Sientes que eres auténtico. Que eres capaz de llegar a los extremos por lo que crees.

Entonces dije:

Rainer, eso lo aprendiste en *Ser y tiempo*.

¡No delires, profesor Müller! *Ser y tiempo* es un tratado de ontología. Un libro escrito para abrirnos a la pregunta por el Ser y nada tiene que ver con la guerra. Y menos con esta guerra. Una guerra civil de ciudades. Una masacre caótica.

Te cito, Rainer. Dijiste: «Matar así, mirando a la víctima, hace de uno un guerrero. Te confirma. Sientes que eres auténtico». ¿Necesito recordarte los textos, extensos por cierto, que el Maestro dedica a la existencia auténtica?

No es lo mismo. *Ser y tiempo* no habla de la guerra.

No hay cosa de la que *Ser y tiempo* no hable. Oye, Rainer: cuando sales a tu guerra, cuando cargas tu Luger, ¿piensas que puedes morir ese día en la batalla?

¡Por supuesto! Soy un ec-sistente. Estoy arrojado a mis posibles. Pero sé que hay un posible de todos mis posibles. O que en todos mis posibles late la imposibilidad. Sé, porque soy un ser auténtico, que en todos mis posibles está la posibilidad de mi muerte. Dieter, ¿qué es esto? Un examen. Nos hemos formado estudiando a Heidegger. Sé, cuando salgo a la batalla, que tengo la posibilidad de matar mil enemigos.

Mil posibilidades.

Pero sé que cada una de esas posibilidades contiene la otra: que sea mi enemigo quien me mate. Sé, también, que hay otras posibilidades. Menos bélicas, cotidianas, banales. En todas ellas, en todas esas posibilidades está mi radical imposibilidad. La posibilidad de morir habita todas mis posibilidades. ¡Lo sé y no necesito negarlo para ser valiente, para luchar! Lo sé porque...

Porque eres un existente auténtico. Y todo existente auténtico asume que ser es ser-para-la-muerte. Eso diferencia a un SA de los miserables seres inauténticos, que viven negando la muerte a través de las «habladurías», la «avidez de novedades» o sometiéndose al «estado de interpretado». Un SA es un *Dasein* que mira cara a cara la posibilidad que acecha en todas sus posibilidades: la de morir. Es un *Dasein* que acepta la finitud. Que acepta su ser-para-la muerte. Y esto lo diferencia de los demás. De los inauténticos. De los mediocres. De los que temen morir. Tanto, que viven negando la Muerte.

Rainer Minder bebió su última cerveza. Ya no estaba rojo, sino pálido, estremecido. Me miró durante un tiempo sin tiempo. Un tiempo que estaba más cerca de lo eterno que de lo histórico. Dijo:

Dieter, no había pensado eso.

El costo de abandonar la lectura de *Ser y tiempo* es alto.

No sé qué decirte. Estoy helado por el asombro. Dieter, si es como tú dices...

Es como yo digo.

Entonces... es por *Ser y tiempo* que estamos peleando en nuestras ciudades. Oye, esto no durará mucho. Pronto ganaremos.

Tendremos el Gobierno. Haremos a Heidegger *Rektor* de Friburgo. Y hombres como tú nos serán indispensables. Filósofos. Maestros que enseñen a nuestros combatientes qué es la existencia auténtica y el ser-para-la-muerte.

Seguimos hablando. Me fui cuando amanecía. Todo era inminente. Todo estaba por ocurrir. A veces el futuro es tan real, tan poderoso que nos impide ver otra cosa, que enceguece como el sol del desierto.

Como verás, Martin, tengo que hablarte de la gran obra del Maestro. ¿Imaginas a Rainer Minder, con su uniforme pardo de combate, su gorra, su brazalete con la cruz gamada, su Luger? ¿Lo imaginas diciendo, aterido, casi sin aire por el estupor, por el pasmo de semejante revelación: «Es por *Ser y tiempo* que estamos peleando en nuestras ciudades»? Imagina algo aún peor: el nacionalsocialismo no es la aventura sanguinaria de una pandilla de toscos alemanes brutales y desquiciados. Su ideología no reposa en las lecturas inescrupulosas que Alfred Rosenberg hizo de Nietzsche. No reposa en los rezongos paranoicos, racistas, mal escritos de *Mein Kampf*. Está, hijo mío, en el más grande libro de filosofía que el alma alemana escribió desde la *Fenomenología del Espíritu*.

Busquemos.

Ser y tiempo nos arrojaba a la existencia. Al fin salíamos de Kant o del neokantismo. La relación con el mundo no era una relación cognoscitiva sino existencial. Estábamos arrojados a ese mundo. Éramos en él. Éramos seres-en-el-mundo. Éramos «ahí». Este arrojo abría nuestras posibilidades. Estábamos arrojados hacia nuestros posibles. Éramos eso que Heidegger llamó *Dasein*. Estábamos arrojados entre los entes. Entre las cosas, entre los objetos. El *Dasein* era el ser-ahí porque sólo podía ser un ente ultramundano, un ente entre los otros entes. (Años más tarde habría

de leer un dilatado ensayo, bien escrito, tal vez demasiado bien escrito, fruto de un discípulo francés de Heidegger. Un literato antes que un filósofo. Esta condición, la de novelista, le entregaba un dramatismo acaso folletinesco a ciertas de sus formulaciones. De este modo, era capaz de decir que el *Dasein* estaba «en peligro en el mundo». Nunca me resultó más que piadosamente aceptable esta frase. No obstante, reconozcámolo, si uno trata de señalar la enorme diferencia entre el sujeto kantiano y el ser-ahí de Heidegger debe señalar esta condición de peligrosidad, de exposición. ¿Qué arriesga el sujeto de la *Critica de la razón pura*? Su relación con el mundo lo compromete sólo en la modalidad del conocimiento. El sujeto de Kant busca conocer las cosas. El ser-ahí de Heidegger no puede sino arrojarse entre ellas. Su existencia está en juego, no su dispositivo cognosciente. El literato francés sabía decirlo bien: si el ser-ahí compromete su existencia entre las objetividades del mundo, si es uno más entre ellas, si no lo protege el aparato categorial newtoniano del buen Kant, entonces el ser-ahí está *en peligro*). Salíamos de la interioridad pegajosa de la subjetividad francesa: salíamos de Descartes. Salíamos de ese *sujeto* soberbio y solitario que dudaba de todo pero no de sí. La existencia era ec-sistencia porque nos arrojaba al mundo. Aquí, hijo, Heidegger, nuestro *Profesor*, proponía un despliegue admirable, sólo posible desde su genio. Quiero que tengas claro esto: *Ser y tiempo* no es *solamente* una obra existencial, es un libro ontológico. Su pregunta es la grande, única pregunta de la filosofía: la pregunta por el Ser. Dejemos a las ciencias o a la sociología, la psicología, la economía política o aun la teología todas las restantes cuestiones. La filosofía es la decisión de encarar la pregunta por el Ser. El Maestro dirá: «Por qué hay ser y no más bien nada». Y aquí llegamos al que, en mi humilde juicio, fue para todos nosotros, sus lectores tempranos, el punto heroico de *Ser y tiempo*. El *Dasein*, por su estado de arrojo, era el ser-ahí. Pero el *Dasein* era, también, el ente que en su ser se pregunta por el Ser. Ningún otro ente intramundano se pregunta por el Ser. ¿Imaginas a un martillo preguntarse por el Ser, a una tenaza,

a un avión? La pregunta por el Ser adviene al mundo por el *Dasein*. Así, el *Dasein* es el «ahí» del Ser.

¿Te das cuenta, Martin? ¿Adviertes el exquisito lugar en que el Maestro nos ponía? El Ser surge en el mundo porque hay un ente cuyo ser consiste en preguntarse por el Ser. Ese ente es el hombre y es por el hombre que la pregunta por el Ser (la pregunta fundamental de la filosofía) adviene al mundo. Ese ser-ahí, que está en *peligro*, que vive bajo el peligro que implica su *arrojo* entre las cosas, se pregunta por qué hay cosas y no más bien nada. Esto le entrega al hombre (a nosotros, Martin) un lugar central, una dignidad que la filosofía se venía negando a darnos a través de décadas. ¿Recuerdas el cielo estrellado de Kant? ¿Recuerdas a Kant maravillándose por la ley moral en él y por el cielo estrellado sobre él? Recuerda, ahora, la respuesta de Hegel. Despectivo, el maestro de Jena dijo que poco le interesaban las estrellas, «esos granos del firmamento». Que era posible que la Tierra sólo fuera un cascote que meramente giraba alrededor del Sol. Pero había en ella, aquí, en la Tierra, algo que valía mucho más que un cascote y hasta más que mil soles. Había un ser metafísico, el hombre, que se preguntaba por el sentido del Universo. A ese orgullo nos lanzó Heidegger. El ser ahí era el ahí del Ser. El *Dasein* es el lugar de la pregunta ontológica. El lugar de la pregunta por el Ser.

Heidegger sabía poner ese orgullo en nosotros. Tempranamente entendimos que el *Dasein*, en los orígenes, entre los presocráticos, se había expresado en griego. Ahora lo hacía en alemán. El alemán era la lengua de la filosofía. Y el *Dasein* era alemán. Ni para el Maestro ni para nosotros fue difícil dar luego el siguiente paso. Si el *Dasein* individual de la ontología existencial hablaba en alemán y era alemán, ¿cómo no habría de ser Alemania el espacio del *Dasein* comunitario? ¿Cómo no habría de ser Alemania el lugar del Ser y la encarnación de su destino?

De aquí que esta Carta, que expresa mi tragedia y la tragedia de la gran nación alemana, esté escrita en alemán, la lengua de lo absoluto.

En Berlín conocí a tu madre. En Berlín, en medio de la metralla, entre heridos y muertos. Me pregunto —ahora, en el preciso momento en que escribo esto— qué hacía yo en Berlín. No creo recordarlo bien. Tampoco recuerdo la fecha exacta. Deberás confiar más en mis precisiones conceptuales que en mi fidelidad al calendario. Nunca supe medir el tiempo por el calendario. Nunca supe qué tenía que ver el tiempo con esa linealidad numérica que asumía la soberbia de ordenar algo tan tumultuoso, caótico como la temporalidad y, acaso, la historicidad. Sé que la República de Weimar se derrumbaba. Que Hitler, incontenible, se acercaba al Poder. Que los alemanes lo reclamaban. Que temían menos a los nazis que a los comunistas. Que temían a los judíos, a quienes, prolíjamente educados, prolíjamente asustados, identificaban a la vez con los comunistas y con los dueños de las finanzas, los poseedores del dinero que faltaba a los alemanes hambrientos. Todo eso sé. Sé, tal vez, que fueran los últimos meses de 1932. Pero no estoy seguro. Lo que sé es lo que te dije: el derrumbe total de la República de Weimar. Ése era mi calendario. Sé también que, en esa encrucijada, en una Berlín sacudida por tiros, por bombas y por gritos de furia y de dolor y de muerte, conocí a María Elisabeth Wessenberg, tu madre. Sorpréndete: estaba en plena calle, tenía sangre en la cara, gritaba «nazis asesinos» y peleaba, fervorosamente, del lado bolchevique.

Cuando cayó sobre unos adoquines que lastimaron sus rodillas, cuando un SA pateó sus flancos, su vientre y preparaba su cachiporra para astillarle la cabeza me hundí en ese caos como un guerrero entre los guerreros. Un guerrero sin causa, sin partido, sin pasión. Mi pasión era otra. Salvar a esa mujer. La juzgué, no bien la vi, una insensata, o un ser dispuesto a entregar su vida por nada, por un estruendo callejero, por un avatar de la época, por una mera contingencia policial. No conseguía yo ver otra cosa más allá de esos combates entre nazis y comunistas que ensordecían Berlín. No

era eso, para mí, la historia. Era una batahola y hasta un jolgorio majestuoso por su estruendo, por la sangre, los gritos, los heridos y los muertos. Pero, ¿podría dirimirse en medio de esa estridencia callejera algo *sustancial*? A los que juzgaba incomprensibles, a esta altura de los hechos, era a los comunistas. ¿No sabían leer o, siquiera, deletrear arduamente las señales de los tiempos? Alemania ya estaba en manos del nacionalsocialismo. ¿Para qué seguir oponiéndose a una fuerza irrefrenable, a una prepotencia de la historia? Sólo ellos podían hacer algo semejante. Sólo los que leían religiosamente las profecías teleológicas del *Manifiesto Comunista*. Ese texto breve, fruto perfecto del tecnocapitalismo aunque pretendiera superarlo, les decía a sus militantes que la historia tenía una necesidad, un sentido y que ellos lo encarnaban. Sólo esto explicaba tanta pasión absurda, tanta vida entregada a una profecía travestida de ciencia, tanta sangre vertida por una dialéctica deslumbrante y seductora. Tan deslumbrante y seductora como las cabezas de los hombres que le habían dado surgimiento. El Hegel de la *Ciencia de la Lógica*. El Marx de *El Capital*. Pero, ¿habrían leído estos textos los hombres ciegos y brutales y vociferantes trenzados ahora en batalla con los no menos brutales camisas pardas de Rohm? Hitler, nuestro inminente Führer, tenía razón. Los comunistas no conocen *El Capital*. Lo dice en uno de los más brillantes pasajes de *Mein Kampf*. El comunismo no se expande porque los proletarios lean los tomos oscuros, impenetrables de su dios ideológico. Se expande por la oratoria explosiva de sus dirigentes. De aquí la necesidad —para la Alemania destinada a contener la ola roja— de someterlos. Derrotarlos. Si la oratoria valía más que los libros, si la oratoria encendía el odio, y el odio la decisión de matar, la victoria, también por esto, era del Führer: no había en Alemania otro orador como él. Tampoco esto vieron los comunistas.

La llevé, en mis brazos fuertes (no por mi juventud sino porque yo era, naturalmente, un hombre fuerte, algo que heredaba de mi padre), y la metí en un callejón, aislándola, aislándonos. Le dije que estaba loca, que peleaba por una causa perdida, que moriría por nada en medio de hechos que ya no tenían sentido. Me preguntó, furiosa, si todos sus compañeros, ahí, en esa calle morían por nada, si eran, entonces, idiotas, si debíamos reírnos de ellos o tenerles pena. Le dije la verdad: que debíamos tenerles pena. Que jamás me reiría de gente capaz de pelear hasta morir por sus ideas. Pero no había ninguna verdad en esas ideas. No expresaban nada del alma de Alemania. De su espíritu. El espíritu de nuestra nación ya eligió, dije. Encontró su destino y la voluntad de su destino. Se ha decidido y elegido a sí mismo. Se ha entregado a la voluntad del Führer y a la fuerza de la tierra y de la sangre. Que es, le guste a usted o no, el nacionalsocialismo. Usted es un nazi de mierda, dijo. Le agradezco lo que hizo por mí pero... La agarré de los brazos. Le dije que se quedara conmigo. Que no volviera a esa batalla imbécil. A esa guerra terminada. Que no entregara su vida a las dentelladas de esos perros moribundos, o ya muertos aunque no lo supieran, aunque ladraran o rugieran patética, tristemente. Le pregunté su nombre. Le dije el mío. Le dije que era profesor de filosofía en Friburgo. Tu madre, Martin, era una mujer hermosa. Puedo decirte que su frente era amplia. Que sus cejas tal vez excesivas daban a sus ojos una turbiedad gótica, comprometida con la noche y sus misterios. Que sus ojos eran verdes, no grandes pero verdes como los mejores campos de la patria profunda, aunque latía en ellos algo superior, ajeno a toda tonalidad, a toda irisación. Un resplandor, Martin. Una luz caliente y pasional que, me dije, expresaba su ardor militante y luego, corrigiéndome, supe que era la de su inteligencia. Porque, Martin, vacía y pobre es esa idea mundana que se tiene de la inteligencia, de la lucidez, de ese poder maravilloso y raro que nos distingue del resto de lo creado, el pensamiento. La inteligencia es una pasión, y quema. Eso vi en los ojos de tu madre. Ahí, creo, decidí amarla.

Me quedé en Berlín y tres o cuatro días más tarde cenaba en su casa, con su familia. El señor Wessenberg presidió la mesa y dijo todo tipo de vaguedades y variaciones sobre la Alemania de esos días. Yo, que conocía todas, me esforcé por escucharlo como poseído por un interés que él, sin duda, creyó genuino, con la indefensión de los vanidosos ante quienes los conocen y los halagan y los manipulan y hasta, secretamente en este caso, se divierten con ellos. Conseguí todo cuanto me propuse. Llevé a tu madre a la habitación de mi hotel. Hicimos sana y bellamente el amor. Luego hablé con su padre y le dije, con llaneza, que quería casarme con Maria Elisabeth. El señor Wessenberg era aficionado a la filosofía y, supongo, esto jugó en mi favor. Lo decisivo, no obstante, sucedió cuando me preguntó por Heidegger y le dije que lo conocía, que llevaba años siendo su discípulo, que podía, como pocos, explicar los senderos complejos pero no intransitables de *Ser y tiempo* y que, desde luego, se los explicaría a él, no bien regresara del viaje de bodas. «O mejor aún», dije con la más exquisita de mis sonrisas, «cuando usted nos visite en Friburgo». Unos días después me llevaba a tu madre a provincias. El señor Wessenberg prometió visitarnos. Preguntó, también, si habría de presentarle a Heidegger. Le dije que sí. ¿Había algo en el entero universo que podría no prometerle con tal de quitarle a su hija? Si me hubiera expresado algún deseo de trabar relación con Hegel, también le habría dicho que sí. «No será fácil, pero haré lo posible», habría, acaso, agregado, cediendo a ese compromiso tenaz que tenemos los filósofos con la verdad. Empezaba 1933, yo vivía con Maria Elisabeth Wessenberg en Friburgo y estaba a punto de ser nombrado *profesor adjunto* en la cátedra de Filosofía de la Historia, cuyo titular, Eric Biemel, prominente discípulo de Heidegger y cuadro político de las SA, me odiaba. Su motivo era sólo uno y acaso (según te narraré) no excesivamente sorprendente: me consideraba un pensador marxista.

Volvamos a Maria Elisabeth, tu madre. ¿Cómo pudo esa guerrera bolchevique, en tan breve tiempo, abandonar sus luchas, su familia, Berlín y casarse con un profesor nacionalsocialista? No es tan difícil de comprender. Tenía veinte años cuando luchaba en las calles. No tenía una identidad política. Asumía el bolchevismo para negar la figura de su padre. Wessenberg no era nazi pero era algo peor que eso: un alemán asustado. Quería orden en Alemania y sabía que sólo Hitler habría de traerlo. Le temía pero estaba hechizado por él. Esto lo entregaba a las más vanas habladurías sobre la paz que el nacionalsocialismo entregaría a la tierra alemana. Sobre el trabajo, el futuro, la unidad de la patria y el desarrollo de las industrias. Era, desde luego, antisemita. Ser antisemita era una modalidad de la época. Una de las formas de la candidez. De la inauténticidad. «Se decía» tal cosa de los judíos. Todo buen alemán la creía. Esto que el Maestro, en *Ser y tiempo*, llama *Man* no debe ser entendido como un aspecto sociológico del *Dasein*, sino ontológico. El se dice (el Heidegger francés, más tarde, dirá *on dit* o, con menos precisión, *mala fe*) es un estado fundamental del *Dasein*. Si me someto a lo que todos dicen es porque temo enfrentar mi propia palabra. Sólo esto por ahora, Martin. Pero alcanza para describir al señor Wessenberg: decía y creía lo que todos decían y creían. Maria Elisabeth no quería ser así. Quería rebelarse contra esa visión plana de la vida. Anónima. Buscó, entonces, en el fuego bolchevique su rostro propio, sin advertir que no lo hacía desde sí sino impulsada por la banalidad de su padre. Buscó en el bolchevismo (que es la perfecta organización de lo anónimo, de la masificación) su ser auténtico. Para tratar de afirmar una diferencia ante la identidad de su padre, se arrojaba en un movimiento urdido para negar al individuo. Se lo dije y lo entendió. O quiso entenderlo porque quería amarme. O porque quería, al huir conmigo a Friburgo, huir de su padre, no participar ya de las bataholas urbanas de los rojos, sino convertirse en la esposa de un pensador, de un hombre de provincias, alejado de ese Berlín clamoroso, estremecido por guerras desatinadas, en que dejaba su

pasado, su historia, su mítica, remota infancia, su juventud, sus infinitos sueños caóticos y, sobre todo, la sofocación de un padre, para ella, insoslayable. Conmigo, habría de olvidarlo.

Así fue. Compramos una casa pequeña en la que viviríamos corto tiempo, juntos al menos, en la que nacerías tú y en la que yo conocería, con dolor inexpresable, el fracaso, la soledad, la medianía y hasta el miedo. Otra vez me adelanto. Baste decir que todo eso —no tu llegada al mundo, claro— sucedería luego de un hecho tan inesperado como injusto, inaceptable. Maria Elisabeth moriría en esa casa.

No bien llegó a Friburgo la llevé a una clase del Maestro. Era sobre los presocráticos. Maria Elisabeth cayó rendida ante el genio de Heidegger. Por fortuna, ese día el Maestro se había entregado a su auditorio con una transparencia infrecuente. Hecho que desilusionó a algunos pero fue estimulante para tu madre. Estaba en Friburgo, había asistido a una clase de Heidegger y ¡había entendido casi todas las majestuosas palabras del Maestro! Este súbito acceso a lo sublime le hizo olvidar, como una ráfaga, los disturbios berlineses, esas refriegas policíacas, malolientes como letrinas, y, como las letrinas, ínfimas. Contraería leucemia en 1935. ¿Cómo puede la vida ser tan cruel con un ser que tanto la ama, que tanto la merece?

Escribo esta Carta con una pistola Luger sobre mi mesa de trabajo. Está aquí, a la mano; es, por el momento, sólo un utensilio que espera un proyecto que lo incorpore. Que le dé un sentido, una decisión que lo entregue al espesor de la historicidad. Recuerdo, ahora, y no tomes esto por un divague (aunque, supongo, deberás aceptar, eximir mis errancias, tengo derecho a ellas, tengo derecho a todo, incluso tengo el intempestivo derecho a disfrutar del arte de la escritura, al que fui siempre ajeno y el que ahora, tardíamente, se me revela), una clase de Heidegger en un curso sobre lógica, alrededor de 1934, que no hice completo, dado que asistí a unas

pocas reuniones impulsado más por la curiosidad que por la avidez de la palabra del Maestro. No me preguntes por qué. Tengo, también y quizá sobre todo, el derecho a olvidar, o a recordar con imprecisión, fragmentariamente. Heidegger dijo algo cierto pero sorprendente, acaso la sorpresa de lo sorprendente residía en que se trataba de un curso de lógica. Habló de Hitler y Mussolini. Lo recordé al hablarte de la Luger. ¿Qué es un objeto sin un proyecto humano que le otorgue un sentido? Le escuché decir: «¿O es más bien que la naturaleza no tiene historia?». Eso era algo que yo tenía resuelto. No hay historia en la naturaleza. Lo que vuelve «historia» la erupción del Vesubio es que un proyecto humano había edificado una ciudad, Pompeya, a sus pies. Si no, esa erupción sería un suceso más de la naturaleza, no un acontecimiento histórico. Heidegger dijo: «Cuando se mueven las hélices de un avión, entonces, en rigor, no “acontece” nada. Pero cuando ese avión es el que lleva al Führer hasta donde está Mussolini, entonces *acaece* historia. El avión deviene historia». Dijo luego que tal vez ocupara en el futuro un lugar en un museo. E insistió en que el ser histórico del avión no tenía relación con el girar de sus hélices, no dependía de ese hecho, que, en rigor, no lo era, sino de la reunión que tendrían el Führer y Mussolini, la cual, ella sí, sería un acontecimiento de la historia. Me sorprendió la tosca facticidad del ejemplo. Puedo, sin embargo, aplicarlo a mi actual situación, cuya *tosca facticidad* no habrá de sorprender a nadie. Ahí, te dije, sobre mi mesa de trabajo, hay una pistola Luger. Acaso sea un objeto con una tradición. Acaso, exageremos, exprese algo del espíritu guerrero de nuestra patria. Pero ahora reposa ahí. No puede, por sí misma, engendrar acontecimiento alguno. Esa posibilidad reposa en mí, el único hombre en esta habitación. Sólo yo puedo entregarla a la historia. Sólo yo, si la uso. A una historia individual, ciertamente. A una pasión particular, o íntima, si lo prefieres. Pero ¿acaso no todo lo grande se hace en la historia con pasión? ¿Y quiénes entregan su pasión, quiénes viven y mueren por ella? Nosotros, los hombres. Cualquier uso particular, íntimo, que yo, un hombre entre cuatro

paredes, haga de esa Lugar hará de ella un acontecimiento de la historia. Sé que ya lo sabes: lo universal se realiza por medio de la particular. Si la dejo ahí, si desdeño su ser «a la mano», la dejo fuera de la historia, totalmente desnuda de significación, entregada a su orfandad de cosa.

Pero esa Lugar tiene una historia y se la dio un proyecto de mi padre. De él la heredo, como tú la heredarás de mí. Mi padre empuñó esa pistola y la introdujo en una de las infinitas historias que hacen la Historia. Disculparás mi hegelianismo. Creo haberte dicho (y si no, lo digo ahora) que Heidegger fue mi Maestro, pero en mis orígenes está Hegel. Vuelvo a la Lugar. Regreso, en busca de mi padre, a las jornadas finales de la Gran Guerra. Es de noche y no hay estrellas y si las hay la metralla las cubre con su fantasmagoría, su irreabilidad macabra. Un teniente del Kaiser, agotado, cubierto de barro y de sudor y de sangre y de hartazgo, le dice a mi padre que imparte la orden de retirada. Mi padre ruge: «Estamos a menos de cincuenta kilómetros de Francia». El teniente dice: «Son órdenes de los políticos. Órdenes de Berlín». «La guerra la hacemos nosotros, no ellos», dice, airado siempre, mi padre. «Se equivoca, Müller» dice el teniente. «La guerra la hacemos nosotros, pero ellos gobiernan».

¿Quiénes son ellos?

Los socialdemócratas, los bolcheviques, los cobardes y los mercaderes judíos.

¿Y por qué se somete a esa banda de traidores?

No me someto. Soy un soldado, obedezco.

El teniente no debió hablar más. Así me lo contó mi padre. «Si no hubiera dicho lo que en seguida dijo, yo... habría hecho otra cosa». Pero el teniente se recostó contra el barro húmedo, sucio de la trinchera y confesó (porque fue eso: una confesión): «Soy, también, un soldado vencido. Por la fatiga, por el hastío». «¿Qué hastío, qué fatiga?», se exaltó mi padre. «¿Quién lo venció a usted,

teniente?». «Los que conducen esta guerra. Ellos me vencieron». «¡Usted se declaró vencido! Por Dios, apenas cincuenta kilómetros y estamos en Francia. Si nos arrojamos sobre ellos los aniquilamos. Eso es la guerra y no la fatiga o el hastío, no la cobardía». «¿Cree que soy un cobarde?». «Creo que si no ordena seguir peleando no merece ser un guerrero. La guerra es la aniquilación del enemigo, teniente». El teniente largó una risotada despectiva, también amarga, también agravante: «No me venga con citas de Clausewitz. O guárdelas para otra guerra. Ésta, con esta conducción mezquina. Con la baja moral de las tropas, con soldados que se saben manipulados por traidores. Soldados que olvidaron la patria porque ya nadie se las recuerda ni la invoca. Porque no hay un Jefe que la encarne... esta guerra está perdida. O nos retiramos o es el enemigo el que nos aniquila a nosotros». Mi padre, poseído por una furia que recién descubría en él, sacó su pistola Luger y le disparó cuatro tiros. Un cabo flaco, pálido, de estatura escasa, andaba por ahí, a unos metros apenas o algo más, y con una voz ronca, hosca, dijo: «No se gana una guerra matando a los propios». La retirada fue un desbande, un caos. Ese caos salvó a mi padre del castigo. Nadie, en ninguna guerra, mata impunemente a un superior.

Pero ese acto, esos cuatro tiros que descerrajó sobre el teniente, ese acto irreflexivo, o claramente demencial, ese acto que entregó historicidad a la Luger, destruyó a mi padre. No pudo, no supo vivir con él. Murió en 1924, en medio de la República de Weimar, la República de la Derrota, estragado por las deudas, corroído por la culpa (había matado a un hombre, a lo sumo, fatigado por la ignominia de los traidores, a un soldado de Alemania, a un inocente) y devastado por un derrame cerebral que, piadosamente al menos, acabó de inmediato con él, sin añadirle, al de su vida, el sufrimiento de la muerte.

Ahora, ella, la Luger, está aquí, donde te dije, sobre mi mesa de trabajo, «a la mano». Que otra vez forme parte de la historia, que otra vez le acaezca historia, que otra vez se incorpore a la trama

compleja de un *acontecimiento*, no depende de ella sino de mí, del uso que decida darle, o no.

Por el momento, sigo escribiendo.

En enero de 1933 Hitler asumió el poder.

El 1.^o de mayo Heidegger se afilió al partido. Muchos elogiaron la elección de ese día: el del trabajo. Un día festivo para la Alemania del Führer.

Poco después fue nombrado *Rektor* de la Universidad de Friburgo.

No sé si lo habrás notado. Nunca te dije si yo estaba o no afiliado al partido. No, Martin, no lo estaba. Esa afiliación se produjo luego de un hecho que fue, para mí, indiscutible, que tuvo la fuerza de un mandato divino, y tal vez lo fuera. Ese hecho fue el discurso que Heidegger dio en mayo de 1933.

El Discurso del Rectorado.

Algunos siguen recordando esa jornada como una «fiesta». Le añaden calificativos. «Una fiesta del saber». «De la Universidad». Incluso de la filosofía. Pero el marco, el elemento histórico en que Heidegger dio su discurso, discurso que habría de ser recordado bajo el título de *La autoafirmación de la universidad alemana*, no fue festivo. Lo había sido el 1.^o de mayo, cuando él se afilió al partido y el partido festejó el día de los trabajadores. (Deberás leer, cuando puedas, un gran libro de Ernst Jünger que daba también solidez a nuestras decisiones de esos días, *El trabajador*). Pero el discurso del 27 de mayo de 1933 (creo, esta vez sí, no entregarte una fecha inexacta) tuvo, antes que celebratoria, un aura severa, solemne. Todos, nadie *ahí* lo ignoraba, participábamos de la historia. Todos, también, sabían que ése era un acto de afirmación del nacionalsocialismo. El más grande filósofo de la patria (el heredero de Heráclito y de Hegel) asumía ese rectorado como soldado del

nacionalsocialismo, como hombre del Führer y como Führer de la universidad. Porque Heidegger venía a eliminar la autonomía y la libertad académica. Venía a poner la universidad bajo su mano de hierro. Venía a encarnar el *Führerprinzip* en el predio de Friburgo. Había ministros, arzobispos, rectores de otras universidades, estaba, imponente, henchido por un orgullo que nadie podría no comprender, el alcalde de Friburgo, había generales de artillería, religiosos, y, sobre todo, Martin, había muchos estudiantes y la mayoría de ellos eran combatientes de las SA, con estandartes en alto, exhibiendo la cruz gamada. Y estábamos, perdidos entre esa multitud, pero integrados a ella, esperando, como todos (como esa multitud que no lo era dado que ni la masificación ni la colectivización habrían de poseerla, dado que estaba ahí en busca de la palabra auténtica, del ser auténtico por el que bregaba, de la *verdad* que el Maestro develaría para ella y por ella, reclamándola), esperando, hijo, el discurso del gran filósofo que un tiempo de borrascas nos había deparado, ese filósofo de oratoria poderosa, hipnótica, pero que venía a reclamar nuestro compromiso con el desafío de la hora, nuestra autenticidad, el coraje de afrontarla, de saber que era una y la misma con el destino trascendente de nuestra patria, estábamos, Martin, unidos a ese exceso, a ese desborde de la historia, tu madre y yo, de pie, a un costado del auditorio, tomados de la mano, a la espera de todo, porque todo podía suceder esa noche, porque lo Absoluto estaba entre nosotros, tan cerca, tan íntimo, que era su aliento infinito el que respirábamos.

Supongo que lo ignoras, que no lo he dicho: Heidegger solía vestir con extravagancia. Se presentaba con el atuendo tradicional, folclórico de un campesino bávaro o incluso con ropas de esquí. No esta noche. Se lo veía elegante, casi alto. Se lo veía, sobre todo, austero, su temple era el de la severidad. Se escucharon partituras de Brahms y de Wagner.

Y luego, nutriéndonos de ella, escuchamos, largamente, la partitura de Martin Heidegger. Antes, todos, levantamos nuestros brazos, hicimos el saludo nacionalsocialista. El mismo Heidegger lo

había reclamado. Había dicho que expresaría, más que la adhesión al partido, la unidad de todos en esa hora trascendente del alma de nuestro pueblo, del alma de Occidente.

Heidegger supo golpear fuerte. Alemania, hijo, es una nación tardía. Su unidad se da con Bismarck, el proteccionismo económico y la militarización obligatoria. Se consolida derrotando a Francia en 1870. Fuimos, durante largo tiempo, un pueblo con una gran cultura pero sin un Estado, sin nación. Heidegger nos llevó al *origen*. Al verdadero origen de la grandeza alemana. Nos llevó a los griegos. Nos señaló dónde situarnos. Situarnos era situarnos en ese origen. «Bajo el influjo del inicio de nuestra existencia histórico-espiritual». Aquí se detuvo (sus pausas eran dramáticas, sofocaban, nadie, durante su *duración inmensurable*, se atrevía a respirar), miró a todos y con su voz potente, clara, dijo: «Ese inicio es el surgimiento de la filosofía griega». Y luego: «Toda ciencia es filosofía, lo sepa y lo quiera, o no. Toda ciencia sigue ligada a ese inicio de la filosofía. De él extrae la fuerza de su esencia». La universidad alemana tenía atrás su futuro. Pero ese atrás era el de la grandeza helénica. En nosotros, ahora, en nuestro pueblo, se encarnaba. Nuestro pueblo era una comunidad espiritual y en ella vivían, perseveraban lo griego y lo germánico, unidos y entregándole vida al agredido espíritu de Occidente. Heidegger dijo entonces una frase de inalcanzable lucidez, de belleza inasible: «El inicio es aún. No está *tras de nosotros* como algo ya largo tiempo acontecido, sino que está *ante nosotros*. El inicio, en tanto es lo más grande, ha pasado de antemano por encima de todo lo venidero y, de este modo, también sobre nosotros. El inicio ha entrado ya en nuestro futuro, está allí como el lejano mandato de que recobremos de nuevo su grandeza».

No sé si lo entiendes o alguna vez lo entenderás. No sé si lo entenderán quienes lo lean en el futuro. Pero si Hitler devolvió a la patria su orgullo, si la levantó del socavón, del hueco cenagoso del Tratado de Versalles, si dio vitalidad a sus industrias, si señaló a los

culpables de la derrota y nos enseñó a odiarlos, a injuriarlos, si denunció a quienes traficaban la patria al costo del hambre de su pueblo, Heidegger nos dio un linaje, una aristocracia del espíritu. Nosotros, los alemanes, éramos helénicos. Grecia era nuestro origen y ese origen, como un mandato, nos exigía recobrar su grandeza y conquistar la nuestra.

Heidegger —ante nuestros espíritus estremecidos— acababa de crear el Eje Atenas-Berlín.

Expulsó (este verbo violento fue el que brotó en sus palabras) la «tan celebrada» libertad académica de la Universidad alemana. «Pues, por puramente negativa, era inauténtica. El concepto de libertad del estudiante alemán es ahora cuando vuelve a su verdad». Todo el *Discurso del Rectorado* está tejido con el acero del discurso de la autenticidad de *Ser y tiempo*. Me atormenta, a esta altura, no haberte explicitado a fondo el tema de la autenticidad. Tengo tiempo. Un tiempo dilatado que se extiende desde aquí hasta —si me permites esta ironía tal vez despiadada para ti, para mí— el fin de mis días. Heidegger siguió ahondando con maestría sus ideas más propias con las que dinamizaban al nacionalsocialismo. Él leía *Ser y tiempo* ante nosotros. Él nos señalaba cómo debíamos leerlo. La ontología fundamental se henchía de contenidos políticos. He oído, en años posteriores, en la Argentina, hijo, país hacia el que derivaron mis pesadumbres, que la ontología fundamental podía colmarse con cualquier contenido. Que, he oido, el plumífero francés la llevó sin mayores esfuerzos hacia la izquierda y acaso, profetizaban algunos, la llevara hacia el marxismo. ¿Con qué derecho? ¿Quién sino Heidegger podía darle una política a la ontología fundamental?

Habló luego de las vinculaciones posibles con la *comunidad nacional*. Martin, hijo, ese concepto estaba en *Ser y tiempo*. No lo inventó Heidegger para la coyuntura, importante, sí, pero no ontológica del *Discurso del Rectorado*, ya que en la ontología

fundamental estaba. Ya había sido establecido y su modo de estar era estar a la espera de la tormenta que lo reclamara. Era ésta. Era hoy. Sólo hay que leer el *gran* texto, Martin. Tomarse ese trabajo. Tomárselo seriamente. Leerlo *todo*. Quien así lo haga llegará al parágrafo 74. Ahí, Heidegger, dice: «Pero la presente investigación excluye también el proyecto existencial de posibilidades fácticas de existencia». De acuerdo: *Ser y tiempo* no nos habría de decir si debíamos ser socialdemócratas, comunistas o nacionalsocialistas. El proyecto existencial en él trazado excluía las posibilidades fácticas de existencia. Pero no, no, Martin. Apenas una página después Heidegger era claro. Señalaba, desde 1927, el camino que ahora, en 1933, estaba eligiendo, para él y para nosotros. Las dos cosas no eran diferentes. Él era nuestro Führer. Y en la Universidad de Heidegger regía el *Führerprinzip*. Heidegger era a la Universidad lo que Hitler al país, a la comunidad alemana. Sólo hay que leer algunos fragmentos del *ser-con*. Oye, no escatimes tu atención, es el Maestro el que habla, el gran filósofo de este siglo: «Pero, si el *Dasein* destinal existe esencialmente, en cuanto estar-en-el-mundo, co-estando con otros, su acontecer es un co-acontecer y queda determinado como destino-común. Con este vocablo designamos el acontecer de la comunidad del pueblo». Geschick, Martin. Esta bella y honda palabra de nuestro privilegiado idioma, privilegiado por los dioses y los filósofos y los poetas, expresa ese concepto poderoso: *la comunidad del pueblo*. ¿Crees que un socialdemócrata hablaría de *Geschick*? ¿Crees que lo haría un comunista? Te diré qué dirían ellos. Los socialdemócratas, liberales y capitalistas y partidocráticos y cómplices fervorosos de la democracia electoralista hablarían de República, de Parlamento, de derechos civiles, de ciudadanos, de toda esa basura que nos viene de la Revolución Francesa, que entrón a esa burguesía estéril, que busca votos y lugares en el Parlamento, nunca la grandeza de la patria. Los comunistas hablarían de la clase obrera, de la lucha de clases, de los sindicatos, del Estado revolucionario, nunca, tampoco, hijo mío, hablarían de la grandeza de la patria ni, menos aún, de la comunidad nacional.

Heidegger, en *Ser y tiempo*, ya nos hablaba de la comunidad nacional. Ya nos hablaba el lenguaje del nacionalsocialismo. El *Dasein* sólo podía acceder a su ser auténtico —dentro de la comunidad nacional— por medio del ser-con. El acontecer del *Dasein* «es un co-acontecer y queda determinado como destino común». Y como si fuera poco, para ser agraviantemente claro, Heidegger añade: «Con este vocablo (destino-común) designamos el acontecer de la comunidad del pueblo». ¡Que nadie venga con la jerga de la abstracción política de *Ser y tiempo*! La ontología fundamental tiene una política. La esperaba. La reclamaba. Los grandes libros anticipan y crean los tiempos. En 1933 Heidegger ya tenía la facticidad del proyecto existencial. Era el nazismo. Y *Ser y tiempo* estaba esperándolo.

Siguió, luego, y sus palabras eran graníticas, su solidez era tangible, sus conceptos herían o provocaban vahídos de asombro o de temor. Era tanto lo que el Führer *Rektor* nos exigía. De la *comunidad nacional* se extendió hacia los servicios que ella reclamaba. ¿Necesito insistir en la continuidad entre *Ser y tiempo* y el *Discurso del Rectorado*? *Ser y tiempo* establecía la necesidad de la comunidad nacional. Y el *Discurso del Rectorado*, en el imponente año de 1933, le entregaba sus tareas fácticas. Su facticidad. Ahora Heidegger ya podía decírnos cómo se servía a la comunidad nacional. Establecía *tres servicios*. El *servicio del trabajo*. El *servicio de las armas*. El *servicio del saber*. Sobre el *servicio de las armas* dijo que «exige la disposición —afirmada en el saber y poder, y adiestrada por la disciplina— de entregarse hasta el límite». No excesivamente lejos de mí y de Maria Elisabeth estaba Rainer. Su cara era una antorcha. Apretaba sus labios y contenía una sonrisa que buscaba estallar. Se bebía las palabras del Führer de Friburgo. Esas palabras: «adiestramiento», «disciplina», «entrega», «límite» eran las que había ido a escuchar. Sonaban, ahora, como clarines guerreros en sus oídos dispuestos, en su

espíritu abierto. «La problematicidad de la existencia exige del pueblo trabajo y lucha, y lo lleva forzosamente a su Estado», seguía Heidegger. Y, sabíamos, estaba llegando al final. ¿Cómo sería? ¿Cómo remataría esa pieza ejemplar? Ese Himno conceptual y bélico, fragoroso. Su voz no se detenía: «Todas las facultades de la voluntad y del pensamiento, todas las fuerzas del corazón y todas las capacidades del cuerpo tienen que desarrollarse *mediante* la lucha, *aumentar* en la lucha y *conservarse como lucha*». Era Nietzsche, Martin. Nietzsche leído por Heidegger como muy pronto nos lo enseñaría. Porque es así, hijo: mi Nietzsche es el de Heidegger. No hay otro. El Nietzsche de Alemania debió ser el de Heidegger y no el de Alfred Rosenberg, con sus torpezas raciales y biólogistas. Me adelanto, lo sé. Pero esa noche, en ese discurso pronunciado para la eternidad, ya Heidegger tenía «su» genial versión del gigantesco «loco de Turín», cuya locura, para mí al menos, lo llevaba a lo sublime.

Heidegger, desde Nietzsche, nos decía que la voluntad es lucha, y que para conservarse tiene que crecer sin detenerse jamás en esa lucha. El destino vital de la voluntad es crecer, y para ella, crecer no es conservarse sino su abominación, crecer es conquistar, es dominar, es apoderarse del espacio vital que ella, la voluntad, requiere para su expansión. Conservación y crecimiento definen a la voluntad de poder. Que sabe, en su fuerza vital infinita, que sólo creciendo podrá conservarse. ¿Cómo se crece? Luchando. Sólo a través de la lucha se conquista el espacio que la voluntad exige, el espacio vital. De aquí que la palabra *lucha* sonara poderosa en ese auditorio embravecido. Sonara nietzscheana. Como sólo Heidegger podía hacer que Nietzsche sonara. Que sonara a lucha, a conquista, a expansión, a guerra.

Y llegó el final. Heidegger nos reservaba una sorpresa erudita pero feroz para ese momento. Acaso pocos la entendieran —en su entera densidad— ahí mismo. Igualmente sonó gloriosa. Sonó a lucha. A guerra. «Queremos», dijo, «que nuestro pueblo cumpla con su misión histórica. Queremos ser nosotros mismos. Pues la fuerza

joven y reciente del pueblo, que ya está pasando sobre nosotros, *ha decidido*. Pero el esplendor y la grandeza de esta puesta en marcha sólo los comprenderemos plenamente cuando hagamos nuestra la grande y profunda reflexión con que la vieja sabiduría griega supo decir...». Se detuvo. El silencio atronaba, ensordecía. Hasta, pensé, podría llevarnos a la locura. Todos lo mirábamos. Todos sabíamos que iba a decir su última frase. Todos esperábamos algo grande, sin medida. Era la Historia, estaba aconteciendo y todos nosotros, ahí, éramos parte de ella. Heidegger dijo: «Todo lo grande está en medio de la tempestad». Lo supe. Muchos lo supieron. Era una frase de Platón. De *La República*, acaso. Pero la palabra *tempestad* no era platónica. No era siquiera griega. Era una palabra del gran romanticismo germano. Era la palabra con que las SA habían elegido nombrarse. ¿Por qué Heidegger dijo *Sturm*? Platón —esa misma noche lo comprobé— decía «peligro». Decía: «Todo lo grande está en peligro». O «está en riesgo de perecer». Pero no tempestad. *Sturm*, hijo, es una palabra del romanticismo y de las SA. La Sección de Asalto se dio ese nombre desde su primer combate callejero en Munich, creo, ya sabes mi debilidad con las fechas, por el año 1921. Rohm y sus hombres fueron, siempre y notoriamente, la *Sturm Abteilung*. Heidegger, ahora, con la palabra *Sturm* había unido a Platón con las tropas de asalto de Rohm. Otra vez el inicio nos entregaba el mandato de la grandeza. Era Platón quien les exigía a las SA ser fieles a la grandeza griega y a la grandeza alemana, que debía asumirla hoy y llevarla al triunfo.

El inicio es aún. Todo lo grande está en medio de la tempestad.

Entre vótores, gritos de guerra, de alegría y entusiasmo, entre himnos y canciones de las SA, entre estandartes con cruces gamadas que se agitaban —qué duda podía caber— por los vientos de la tempestad, entre brazos erguidos que saludaban al Führer de Friburgo, entre agravios a los comunistas, a los judíos, a los socialdemócratas, a los viejos profesores que habrían de ser expulsados, injuriados y apaleados, entre rugidos que rugían *Heil, Hitler!*, y, por fin, entre las palabras, atronadoras, vociferantes, del

Himno de la *comunidad nacional*, el genial autor de *Ser y tiempo*, el gran filósofo de nuestro siglo se retiró.

Al día siguiente —impulsado por una certidumbre que jamás había existido en mí— me afilié al *Partido Nacionalista Alemán del Trabajo*.

Brevemente, hijo: me hice nazi.

Días después —increíblemente, pues se había entregado a una actividad frenética, a un vértigo que no debía darle resquicio alguno— me convocó a una audiencia. ¡A mí! ¿Era posible? ¿Querría ciertamente el *Rektor* de Friburgo hablar conmigo? Sí, y también con Eric Biemel. La reunión fue en su despacho del rectorado. Nos confirma, fría y brevemente, en nuestros cargos de profesor titular y adjunto de *filosofía de la historia*. «Pensé, en algún momento», dijo, «eliminar esa materia. Pero la mantendremos». Biemel, con altanería, casi encimándose sobre las palabras del Maestro, se permitió un desdén innecesario y, peor aún, insolente. «Si pregunta mi opinión, Profesor Heidegger», dijo, «esa disciplina es una superchería marxista y debiéramos suprimirla». Heidegger lo miró con sus ojos traviesos y demoledores. Solía mirar y sonreír, tenuemente, de un modo tal vez grácil, o inasible, que tenía el poder inaudito de descargar sobre su interlocutor toneladas de desprecio, ultrajándolo. «Pero, profesor Biemel», dijo con lentitud, lastimando, «si hay algo que no he preguntado es su opinión». Biemel nada dijo. Sacó un pañuelo y se lo pasó por la frente. No era un día caluroso, nadie —razonablemente— debía sudar, salvo quien se hubiera ganado una frase como la que Heidegger terminaba de decir. El *Rektor* siguió: «La *filosofía de la historia* no es una superchería marxista, sino hegeliana. Todas las supercherías marxistas, por otra parte, lo son. Deberán concentrarse en Hegel. Quiero que sea una materia masiva y fácil. Como las *Lecciones de Berlín*». Entonces me oí preguntar: «¿Qué hacemos con Marx, Profesor Heidegger?». «Es el más grande de los hegelianos», dijo el Maestro. «¿Qué propone

usted, Müller?». «Hay un capítulo del primer tomo de *El Capital* que me interesaría dar». Biemel largó una risotada. «¡No sea ridículo, Müller! ¡Ya no quedan ediciones de *El Capital* en Alemania! No creo que Goebbels haya dejado una sin entregar a las llamas». Heidegger volvió a mirarlo. Biemel se serenó. «Es lamentable», dijo Heidegger, «pero Biemel tiene razón. No podremos incluir a Marx en la bibliografía. Ni siquiera el capítulo que usted menciona, el cual, no lo dude, conozco bien. Vea, Müller», otra vez sus ojos retomaron un brillo travieso, pero no injurioso, «seamos cautos y no digamos esto ni aun en voz alta: la obra de Marx no es inferior a la de Hegel. Piensa, sin embargo, al Ser como naturaleza que hay que conquistar, sometiéndola. Es uno de los grandes lectores de la dialéctica del Amo y el Esclavo. Su opción es por el Esclavo, desde luego. No como nuestro Nietzsche, que elige a los Amos y, con ellos, el espíritu de la aristocracia». Se puso de pie y encendió su pipa. Se produjo, así, una larga pausa. Biemel y yo, ahora, lo mirábamos caminar por el recinto. Dijo: «En cuanto a ese capítulo». Hizo una pausa y me miró: «Hablamos del mismo supongo». «El fetichismo de la mercancía y su secreto», dije. Asintió. «Ahí revela Marx su grandeza de filósofo. Debiéramos dar eso». Biemel, rojo de furia y hasta de incredulidad, dijo: «Por Dios, por el Führer y por Alemania, Profesor Heidegger. ¿Cómo vamos a cometer la deslealtad de enseñar un capítulo de ese mamotreto maléfico del judío Marx?». «Profesor Heidegger», dije, «¿influyó en *Ser y tiempo* ese capítulo de Marx?». «Confórmese con saber que lo leí más de una vez». «¿Usted leyó a Marx?», resopló Biemel. «¿Usted no?», replicó Heidegger. «No deje de hacerlo. Quizá todavía quede algún libro que Goebbels no haya quemado».

Nos despidió con amabilidad y volvió a sonreír. «A trabajar», dijo. «Alguna verdad logren acaso desocultar en esa disciplina. Si lo hacen, aunque lo dudo, avísenme». Nos íbamos cuando, desde atrás, me llegó su voz. «¡Müller!». Giré. Me señaló con un dedo. «No bien me libere de algunos compromisos... quiero hablar con usted». Sólo atiné a inclinar mi cabeza.

Al salir a la calle, Biemel me agarró de un brazo y dijo: «¡Usted es un marxista, Müller! ¿Cómo propone enseñar *El Capital*? ¿Cómo se atreve a preguntarle al Maestro si encontró inspiración en ese monumento al Error?». «Sin embargo, prácticamente confesó que sí». Otra vez sacó su pañuelo y limpió el sudor que delataba la hoguera de odio que le quemaba las tripas. «Sí, también él se expresó como un marxista. Y acaso lo sea. Habrá que vigilarlo». Se fue. No alcancé a preguntarle si también se proponía vigilarme a mí, al humilde, sereno profesor Müller.

Te dije: me hice nazi.
Podría haber dicho: decidí ser nazi.
Debiera ahora preguntar: ¿qué es ser nazi?
Y no tengo —desde mí— una respuesta.

Todos quienes me rodeaban eran distintos. Todos, sin embargo, eran nazis. ¿Por qué, entonces, eran distintos? ¿O el *distinto* era yo? ¿Y qué significaba esto que nos distinguía? ¿Cómo era posible que ellos y yo fuéramos nazis si ellos y yo éramos distintos?

No puedo hablarte del pueblo alemán porque no conozco al pueblo alemán. Es un *todo* que se invoca. Es la comunidad. Es el pueblo que accede a su ser bajo la tutela y el amparo del Estado. Es la comunidad nacional que ha elegido su Führer. Que escucha a su Führer. Que, ante él, levanta su brazo. Que cree en sus palabras porque encuentra en ellas, sincera, apasionadamente, la verdad.

Puedo hablarte de quienes me rodeaban en Friburgo. De la vida friburguesa. De las ideas. Del espíritu de la Universidad. De los SA. O de hombres como Rainer Minder. En todos ellos había algo que no había en mí. Había furia. Belicosidad. Había, sobre todo, odio. Elegiría concentrarme en Rainer Minder. Rainer era el perfecto hombre nacionalsocialista. Que perteneciese a las SA, que fuese uno de sus cuadros activos, que usase el uniforme es, no irrelevante, pero tampoco lo diferencia de los otros como yo me

diferencio. Rainer era un sencillo, diáfano hombre del nazismo similar a los buenos ciudadanos de Friburgo. Sólo le había añadido a eso su uniforme y su militancia en las SA. En el resto, *en lo esencial*, era como todos: odiaba al mundo y amaba a Alemania. Alemania era el Führer y el mundo era todo lo que el Führer no era. O peor: era todo lo que había extraviado, humillado, empobrecido a la patria. Un régimen de fuerza, un régimen que une a un pueblo y a un Führer necesita, para unirse, algo o alguien a quien odiar. Necesita un *otro demoníaco*. El *otro demoníaco* del nacionalsocialismo (tan complejo al inicio: el Tratado de Versalles, los traidores socialdemócratas, los bolcheviques, la Rusia Revolucionaria, el cosmopolitismo decadente de Weimar, las finanzas, los mercaderes judíos que se devoraban el país) se fue simplificando hasta cifrarse en una expresión única y monstruosa: *el otro demoníaco fue el judío*.

Aquí, Martin, hemos llegado al centro del problema.

Yo era nazi. Era —desde muy joven— un aplicado discípulo de Martin Heidegger. Y el *Discurso del Rectorado* (y, posiblemente aún más, el curso de *Introducción a la metafísica* y mi, creo, rigurosa y severamente dirigida lectura de *Ser y tiempo*) hicieron de mí un nacionalsocialista sincero, y hasta lúcido, me atrevo a decir. Porque tenía fundamentos. Porque no pensaba el destino metafísico de nuestro pueblo desde *Mein Kampf* o desde *El mito del siglo xx*, sino desde Heidegger, y desde Nietzsche (leído desde Heidegger) y desde Heráclito y la Grecia de los orígenes.

Faltaba, sin embargo, algo.

No había en mí, Martin, odio.

No me interesaban los judíos. No puedo decir que me gustasen o no. Ni siquiera me desagradaban. Si alguien me decía que su apellido era Wasserman o Steinberg carecía yo (y esto, en 1933, en Alemania, era trágico) de ese mecanismo racista que remitía a cualquier alemán a la simple pregunta de, precisamente, *cualquier alemán*: ¿es Wasserman un apellido judío, lo es Steinberg? Eso, a mí, no me ocurría. Eso, a mí, me impedía odiar. No sólo me impedía

ser adecuadamente nazi. También me impedía ser adecuadamente alemán.

Coincidía, claro, con Hegel: lo Absoluto había *pasado* entre el pueblo judío y éste lo había desconocido. Lo había desamparado. Es cierto: un grave error que los judíos llevaban ya casi dos mil años pagando. No creía en el monstruo financiero que desangraba, hasta la inanición, el raquitismo, al pueblo de la patria. Alemania desbordaba de magnates arios obscenamente enriquecidos. Ahora, todos, apoyaban al Führer. ¿Era razonable que el Führer les creyera? ¿O lo usaban para destruir a los rojos y luego destruirlo a él? Nada de esto me importaba. Era política, y yo, hijo, me dedico a la filosofía, a pensar el Ser y a no olvidarlo por mi entrega a los entes. Esto me debilitaba en la comunidad de los fuertes.

Nunca pude hacer del judío el *otro demoníaco* porque el judío no era sustancial para mí. Ni lo amaba ni lo odiaba. Era como cualquier otro alemán. Tampoco pude ponerme de su lado cuando los atacaron sin piedad. Lamenté la barbarie de la noche de los cristales rotos. Pero eso era parte de la historia judía, no de la alemana. A los judíos, en todas partes, los perseguían. No sé por qué. No sé si ha de ser tan alto el costo de no haber reconocido a lo Absoluto, de haberlo desamparado. Pero, en todo caso, no es mi condena, ni es mi guerra.

Mi condena era no poder odiarlos. No odiar en un régimen que exige el odio es estar en peligro. Y así, Martin, estaba yo.

¿Y Heidegger? ¿Odiaba Heidegger a los judíos? ¿Podía odiarlos quien había amado a la jovencita Hannah Arendt? En cierta reunión, entre cerveza y carne de venado, algo aturdidos, todos, Rainer defendió al Maestro al decir que había tachado la dedicatoria al judío Husserl en la nueva edición de *Ser y tiempo*. Habló luego de otras actitudes, presuntamente antisemitas del *Herr Rektor*, y algunos SA lo respaldaron entusiastas. Yo, acaso algo bebido, acaso *algo más* que eso, dije que era una cuestión resuelta, sin

possible refutación. ¿Qué duda podía caber? Heidegger detestaba adecuadamente a los judíos como buen alemán y como buen nacionalsocialista, ambas cosas, añadí, la misma cosa. Puse ruidosamente una mano sobre el hombro de Rainer, acerqué mi cara roja y brillante a la suya y pregunté: «Rainer, ¿te casarías con una judía?». Rainer y todos sus compañeros gritaron «¡No!» y rieron. De un respingo me puse de pie. Me sentía inspirado. Había, esa noche, en ese lugar que apenas recuerdo, muchos combatientes de Rohm. Hice un amplio gesto, un gesto que los abarcó a todos y pregunté: «¿Se casaría alguno de ustedes con una judía?». Rainer perdió su humor, que, ese día, raramente, era bueno. Basta de tonterías, Dieter, dijo. Y (me) preguntó a dónde quería llegar con todo eso. Bien sabía yo que todos ellos eran enemigos de los judíos y ninguno, por consiguiente, se casaría con una de sus infernales, impuras mujeres. «¡Suficiente!», exclamé. «No necesito más». Los miré dedicadamente. Uno tras otro. Sus caras rojas. Rubias. Sanas. Fuertes. Guerreras. Diseñadas para el odio y para el desprecio racial. Dije:

Óiganme. No hice mi pregunta por ignorar qué responderían ustedes. Desde luego. Son combatientes de las SA.

Odian a los judíos, ¿cómo habrían de casarse con una de sus mujeres? Atención ahora, camaradas. El *Profesor* Heidegger tiene una mujer que se llama Elfride. Todos ustedes saben quién es. Adhirió al nacionalsocialismo casi desde sus orígenes. Y es fervorosamente antisemita. Activamente antisemita. Exaltadamente antisemita. Ustedes se preguntan si Heidegger es antisemita. ¡Qué mal planteada está esa cuestión! ¡Y hay filósofos entre ustedes! ¿Qué pasa? ¿Olvidaron pensar con rigor? ¿Olvidaron desde dónde se aborda y se resuelve un problema? No me pregunto si Heidegger es o no antisemita. Me pregunto: si hubiera en él algún amor (por mínimo que fuese) por los judíos, ¿sería Elfride Heidegger su esposa? ¿Compartiría su vida con una mujer que ha hecho del odio al judío el sentido de la suya?

¿Y qué dices de lo de Hannah Arendt? ¿O no era judía esa joven prostituta?

¡Por supuesto! Y como tal la trató el Maestro. Le dio a la judía lo clandestino, el pecado. Y le entregó a su esposa alemana su nombre, su morada, le hizo sus hijos y los cría con ella para la grandeza de Alemania.

Estos ejercicios, Martin, me divertían. Era tan sencillo. Rainer y los suyos no sabían pensar. Pero tenían el odio que yo no tenía. No sé si necesito decirte que entre Elfride y Hannah Arendt, yo habría elegido a Hannah. Sin preguntarme si era o no era judía. Sin preguntarme tonterías. ¿Cómo perder el tiempo en eso? ¿Cómo no ganarlo en admirar su inteligencia, en gozar de su talento?

Todo esto, dolorosamente, dibujaba mi soledad.

El saber del horror sin nombre llegó a mí en la Argentina. Me invadió. Tu padre, Martin, por medio de una hazaña que compartía con la mayoría del pueblo alemán, había cerrado su ser a ese acontecimiento. Dejaré, en lo posible, de calificarlo. Creo que todo adjetivo le es estrecho, injusto. O su insuficiencia lo agravia. La situación en que llegó a mí fue tan dramática, tan brutal, que era imposible me hiciera más daño. Porque me llegó en plenitud. De primera mano. El relato de los crímenes me lo hicieron sus asesinos. Pero me adelanto, una vez más.

El tema, de cualquier modo, es la muerte.

Alemania estaba enamorada de la muerte.

Para un estudiioso de *Ser y tiempo* —no sé, si como filósofo, he llegado más lejos que eso— no sería complejo hablarte del *ser para la muerte*, o de la posibilidad que habita en todas mis posibilidades, o la imposibilidad presente en todas ellas. Asumir la propia muerte como la más propia de sus posibilidades otorga al *Dasein* su autenticidad. Todos, en Alemania, éramos para la muerte. Pero te evitaré desvíos o tecnicismos. Estoy hablando de la muerte y también del acto de quitar la vida. No debo dejar de lado el

homenaje a Albert Schlageter. ¡Cómo se lució el Maestro ese día! (Me detengo. Abro un paréntesis. Tampoco debo evitar esta mención, no quiero perderla, olvidarla. Años más tarde, casi al día siguiente de la guerra, o cuando aún no había terminado o agonizaba, qué importa esto, un poeta, en alemán, es decir, desde dentro de la lengua de la muerte, escribió: *der Tod ist ein Meister aus Deutschland*).

Albert Leo Schlageter era un héroe de la patria. En 1923, en el Ruhr ocupado por los franceses, Leo Schlageter, solo, voló un puente. No sé qué puente, desconozco su importancia. Pero Leo agredió al vencedor injurioso e injusto. Lo dañó. Fue atrapado, lo sometieron a un juicio ya decidido (¿qué otra cosa sino matarlo podían hacer los franceses?) y lo fusilaron el 26 de mayo de 1923. Diez años más tarde, diez años y un día, Heidegger daba su *Discurso del Rectorado*. Pero el día anterior, ante el pueblo de Friburgo, los estudiantes, las SA y los profesores de la Universidad, el inminente *Rektor* (al día siguiente ya lo sería) honró a Schlageter con su más exquisito vocabulario, con las más complejas meditaciones del párrafo 50 de *Ser y tiempo*. Lee pero, sobre todo, escucha esto: «El fin amenaza al *Dasein*. La muerte no es algo que aún no esté ahí, no es el último resto pendiente, sino más bien una *inminencia*». Miles de cosas nos pueden ser *inminentes*, Martin. Pongo los ejemplos que da el Maestro: «una tormenta, la transformación de la casa, la llegada de un amigo (...) un viaje, una discusión». *La muerte es, por el contrario, la inminencia de todas nuestras inminencias*. Una tormenta puede destruirme, la transformación de la casa: ¡Martin, con sólo hacer mal uso de un utensilio, de un martillo, mi cráneo puede quebrarse sin remedio!, el amigo que viene puede venir a matarme o a transmitirme una peste mortal que contrajo en ese país que ha visitado y desde el que ahora llega a mí, a darmel su peste y no su amistad, un viaje: no hay viaje que no pueda ser el último (no creas que el viaje, por lo que implica de traslado y riesgo, aumenta la inminencia de la muerte o la contiene en mayor grado que el reposo o el claustro y la reclusión:

también en ellos late su inminencia), y, por terminar con algo, la discusión, ¿en qué discusión no palpita la inminencia de la furia, de la violencia, de la nihilización de la rivalidad por medio de la muerte de uno de los rivales, o de los dos?

Esto, Martin, lo dije para que entiendas la importancia del homenaje a Schlageter y las opulentas ideas, las majestuosas palabras que el Maestro le consagró.

También por otro motivo te hablo de Albert Schlageter. Era el héroe, el mártir que las SA de Rohm habían elegido como símbolo de la lucha, de la entrega hasta el final. Y Alemania, en mayo de 1933, les temía a las SA. Y Rohm, y, con él, nuestro Rainer Minder, enloquecían día a día. Querían reemplazar al Ejército. Ser ellos la *Wermacht*. Y ahondar la revolución nacionalsocialista. Y hasta cuestionar el liderazgo del Führer si no los seguía en esa guerra interna y decisiva. ¿Quién habría de frenarlos? Eran un gran ejército. Eran militantes auténticos y habían asumido la lucha y el ser para la muerte. En el primer año de la toma del poder pasaron de 400 000 a 3 000 000. ¡Tres millones de milicianos brutales, sin piedad, diestros para indagar en el dolor y el sufrimiento intolerables de los otros, ya con letales campos de concentración, dispuestos a matar y a morir!

¿Sabría Heidegger, cuando rindió culto a Schlageter, que era a *ellos*, al Ejército de Ernst Rohm, a las *Sturm Abteilung* y a los que pedían una segunda revolución, a quienes, en rigor, dirigía sus palabras?

No lo sé. Puedo, sin embargo, jurar algo: nadie, ni Rohm, ni Heidegger, ni Rainer ni, mucho menos, yo, presentía el baño de sangre, la noche de San Bartolomé que esperaba a Alemania. Esa inminencia no era siquiera imaginada. Acaso porque se tratase — como nunca o, sin duda, en dimensiones nunca vistas— de la *inminencia de la muerte*.

No sé, ahora, qué sentido tiene que te hable de Albert Leo Schlageter.

La noche de los cuchillos largos se me ha caído encima.

Heidegger entregó a los camaradas de Schlageter una interpretación del *héroe auténtico* que sacó de párrafos de *Ser y tiempo* impolutos, académicos en 1927. Llenos de ardor militante, de decisionismo guerrero en 1933. Sólo él podía hacer eso. Y lo hizo.

Concluyó así: «Honramos al héroe y en homenaje a él levantamos la mano».

Lo peor aguardaba.

Lo peor era *inminente*.

Sano, con los colores y el estruendo de la vida (tus primeros gritos, tus primeros llantos fueron como clarines, como si anunciaras al mundo tu llegada), naciste en marzo de 1934. Naciste, como todo lo grande, en medio de la tempestad. A la tempestad de los tiempos le sumabas tu propia estridencia. Doy fe de la tempestad, no puedo augurarte la grandeza. Coincido con la versión que dio Heidegger de Platón: todo lo grande (lo creo porque lo creo y lo creo, más que nada, porque él lo dijo: a este sometimiento le llamo, con petulancia, *coincidencia*) está en medio de la tempestad. No todo lo que está en medio de la tempestad es grande. La grandeza será tarea tuya. Deberás quererla. Decidirte por ella. Ignoro por completo qué forma le reclamará tu historicidad. Ignoro en medio de qué deberás buscarla. Qué tempestad te pondrá a prueba. Porque lo que nació de ti en medio de la tempestad de 1934 estaba menos cerca del ser que de la ínfima biología. Nacer no es nacer. También *nacen* esos hombres a los que Nietzsche llama «los últimos». Los que no llevan en su ser el caos, los que no sólo son incapaces de crear una estrella, sino que se entregan a la vida imbécil, al aplanamiento, lo subalterno. Esos turbios seres que buscan la *dicha*, que huyen del

azar y del riesgo. Del riesgo, sobre todo, de vivir entre asperezas, duramente. En un mundo sin dioses sólo los hombres que arrostran su caos, que jamás se sacian, ni descansan. Los que crean, imaginan y deciden *en medio de y desde el caos*. Sólo ellos son aún capaces de engendrar una estrella. ¿Serás parte de esa tropa? ¿Te arrojarás al asalto de lo grande?

Sólo hay un modo: *no le temas a tu caos*. No huyas de él. Déjalo crecer en ti, colmarte, volverte loco. Pero no lo sofoques con la felicidad. Los hombres viven buscando la felicidad, y la felicidad es un invento burgués, es una muerte pequeña, segura, que no duele ni lastima. Es una muerte que sucede todos los días. Es la ínfima muerte de lo cotidiano, que te aparta del dolor, o del horror, pero te hunde en el nihilismo de la tontería. El *Dasein* auténtico, cuando muere no muere, *deja de ser*. El *Dasein* de la dicha, de la liviandad inauténtica, el que ha vivido huyendo de su caos, cuando muere no deja de ser, *porque nunca ha sido*.

El caos no es el sufrimiento por el sufrimiento mismo, no es la queja, el lamento débil. El caos, tu caos, es la estrella de tu grandeza y la densidad de tu dicha, que es secreta, que es íntima, que es fuerte porque se ha probado en medio de todas las tempestades, de cara a la muerte. El caos es la fuente creativa de tu espíritu. Ahí, recién ahí, la felicidad, que ha incorporado la sabiduría del dolor, te hará grande, y hasta podrás ofrecerla a los otros. Nunca a los imbéciles. Los hombres que conquistaron su estrella sólo se reconocen en quienes conquistaron la suya o están por hacerlo, porque buscan, no apagan su sed con artificios, con *novedades*. De esos hombres, con ellos, vendrán otra vez a este mundo, los dioses que lo abandonaron.

Siempre ocurre así.

Nosotros, en 1933, nos arrojamos a la historicidad, a la temporalidad. Buscamos nuestra estrella. Tomamos por asalto la grandeza. Así, al menos, era Heidegger en esos años. Así lo veíamos. Sólo eso explicaba su actividad frenética. Sus discursos. Sus órdenes. Sus certezas. «¿Acaso no han visto ustedes la belleza

de las manos del Führer?», nos preguntó, en la sala de profesores de Friburgo, cierto atardecer de diciembre de 1933.

Divago, Martin. O peor: desvarío. No sé si puedo contarte esta historia. No sé si podrás creerla. Oye, lee, escúchame, por Dios: Alemania debía abandonar la Sociedad de las Naciones a fines de 1933. Esa organización de la tecnocracia capitalista, de la burguesía sin alma, había impuesto a nuestro pueblo el maléfico Tratado de Versalles. ¿Cómo no abandonarla? Nuestro Führer convocó a un plebiscito. Heidegger (¡en noviembre, Martin, mi memoria se aclara, el 3 de noviembre de 1933!) lanzó un *Llamamiento a los estudiantes alemanes*. Ni tú ni nadie —abrumado por la turbiedad de la lejanía— podrá entender qué era para todos nosotros, en esa encrucijada de la historia, un *Llamamiento* de Heidegger. El *Llamamiento* llamaba, nos llamaba, reclamándonos, así: «Que las reglas de vuestro ser no sean principios doctrinales e “ideas”. Sólo el Führer mismo es en el presente y en el futuro la realidad alemana y su ley».

Heidegger había puesto la propiedad, la autenticidad, la *verdad* de nuestro *Dasein*, en el *Dasein* del Führer. Éramos hablados por el Führer. Vivíamos interpretados por él. ¿Era ése nuestro asalto a la grandeza? ¿Era el Führer nuestra estrella, nuestro caos, nuestra compleja, laboriosa alegría?

En medio de esta tempestad naciste. No sé dónde encontrarás tú, Martin, la grandeza. Pero el Maestro de Alemania la había encontrado en el Führer, en Adolf Hitler, en la belleza de sus manos, en el portento de su *Dasein* individual capaz de encarnar el *Dasein* de la nación toda.

Nunca tuve con él (durante su rectorado) la conversación (*hablar con usted*, había dicho) que me propusiera u ordenara. Ignoro por qué. Tenía una pista. *hablar conmigo* era un hecho sujeto a una condición. *No bien me libere de algunos compromisos*. No se liberó de ellos. No habló conmigo. Suele suceder así. Cuando la condición de posibilidad de algo no se da, ese *algo* deviene imposible. Fue, de esta forma, imposible que Heidegger hablara conmigo. Al someter este acontecimiento a una liberación de sus

compromisos, lo sometió a una posibilidad irrealizable. Jamás se liberó de sus compromisos porque jamás dejó de entregarse a ellos. De hacerlos, incluso, infinitos a fuerza de crearlos. No se detuvo hasta la creación del último. El último de sus compromisos. El último de los hechos de su rectorado. Este hecho (como no podía ser de otro modo) era la renuncia a ejecutar ningún otro.

En abril de 1934 Heidegger renuncia al rectorado.

En junio Hitler ordena la masacre de las SA.

Rainer Minder, mi viejo amigo, era, y yo lo sabía, el puente entre Heidegger y Rohm. Cerca de la medianoche del viernes 30 de junio llega, desesperado, a mi casa y me pide protección. Yo ni siquiera sabía de qué protegerlo. Me dijo que los estaban asesinando a todos. *Todos* —respondió a mi aturdida pregunta— eran *ellos*: los hombres de Rohm. Le di vino, una frazada, busqué serenarlo y le pedí que me contara los hechos. También, antes, le pregunté por qué había venido a mí, a mi casa, ¿no te buscarán aquí, no saben que eres mi amigo? Me preguntó si tenía miedo. De qué, dije. De morir por mi causa, dijo. Le dije que tampoco sabía bien cuál era su causa. Me cubrió de insultos, que toleré. «¡De morir a causa mía, idiota!», gritó. Si llegan aquí también te asesinarán, por esconderme, por ser mi cómplice. «Todos saben quién soy yo», dije. «Sólo enseño en la Universidad y pago las cuotas del Partido». «¡Dieter, qué destino majestuoso has construido!», dijo con una ironía brutal, salvaje. Insistí en que me contara qué sucedía. Por qué todo era tan trágico. Por qué corríamos todos peligro de morir. Tomaba su vino con ansiedad, como agua. Me pidió otra copa. Dijo que yo no corría peligro. Que nadie mataría a un buen profesor que pagaba puntualmente las cuotas del Partido. «Ni aunque seas mi amigo». Se calmó. Estuvo en silencio largamente. Dijo: «Por eso vine a tu casa». Maria Elisabeth apareció contigo en sus brazos. Rainer ordenó: «Ve a tu dormitorio, mujer torpe. Enciérrate ahí con

tu lechoncito y ni te asomes». Lo agarré por los hombros: «Rainer, basta. O me dices qué ocurre o te vas».

Susurró:

Perdimos.

Sobre una situación que era todo menos clara, Rainer no estaba en condiciones de serlo. Casi liquidó la botella de vino y, entre convulsiones, carraspeos y escupitajos, trató de unir una serie de hechos que todos conocían y, a la vez, incapaces de entregarle un *sentido*, ignoraban. Pues ni siquiera se trataba de *una* serie de hechos, sino de muchas que se cruzaban, se contradecían, se aniquilaban, establecían pactos efímeros y absurdos o abiertamente indescifrables y, por consiguiente, imposibles de cumplir o denegables con facilidad. Rainer podía despreciar mi destino sin opulencias fácticas, pero yo siempre supe que la locura de las SA era eso: una locura, un caos enfermo, atravesado por pestes infinitas: la ambición de poder, la violencia, el odio arbitrario, la ambigüedad sexual, la gula, la sed de sangre mal saciada, mal dirigida, la lucha contra enemigos invencibles: la *Wermacht*, los Krupp, la Gestapo, las SS, Goering, Himmler, Goebbels y hasta el propio Führer. Estas ambiciones los llevaron a nuclear tres millones de hombres. Pero ni siquiera había entre ellos la raíz de una idea fuerte, de una identidad. Los comparaban con la carne asada: marrón por fuera, roja por dentro. Eran, se decía, comunistas. ¡Rainer Minder comunista! Hasta Von Papen pudo decir, mintiendo pero haciéndoles daño: «No hicimos una revolución antimarxista, para hacer ahora una marxista». Todo ese extravío se centraba en la personalidad de Ernst Rohm. Este hombre, gordo como Goering, brutal como Goering, y aventurero como sólo él podía serlo, quería reemplazar dos cosas irreemplazables en Alemania: el Ejército y Hitler. Para ello, amenazaba a la alta burguesía y proclamaba la necesidad de una segunda etapa de la revolución; le faltaba, rugía, a la revolución nacionalsocialista, su etapa estrictamente *socialista*,

popular. Las SA no pasaban de ser un ejército nacional-popular. De Marx lo ignoraban todo. Y eran tan enemigos de la revolución rusa como Hitler o Goebbels o Rosenberg. Todo se reducía a una lucha por el poder. Rohm estaba loco, enloquecía a los suyos y menospreciaba al Führer. Creía que era tanto lo que había hecho por él (algo, en rigor, cierto) que ahora debía cobrárselo, heredándolo. Abriendo una segunda etapa que requería un nuevo Führer: él. Un nuevo ejército: las SA. Y declamando algunas vaguedades sobre la reforma agraria, la expropiación de los grandes empresarios y la etapa socialista de la revolución nacional. Su gente (sus organizaciones estudiantiles festivas y devastadoras) dominó las universidades. Y ahí, en medio de ese caos, de esa terquedad, de ese aquelarre de ambiciones ciegas, se instaló el más grande filósofo del siglo xx, Heidegger, el Maestro de Alemania. ¿Era Heidegger marxista? ¿Nacional populista? ¿Buscaba una segunda etapa de la revolución? ¿Quería reemplazar al Führer de las bellas manos por el abdomen hinchido de cerveza, petulancia y carne de caza de Ernst Rohm? No, pero aquí había alguna —al menos somera— explicación: para ser *Rektor* de Friburgo Heidegger debía pactar con las SA. Con Rohm. No sé decir hasta dónde llegaron sus ilusiones. Sé que renunció con excepcional justeza. Como si husmeara la masacre o la conociera de primera mano. No fue así con Rainer.

Abrieron la puerta a patadas y entraron. Eran hombres de las SS. Tal vez no sea el momento de una digresión sobre uniformes (Rainer está a punto de morir) pero no puedo evitarla. Siempre me parecieron poderosos los uniformes de las SS. Las camisas pardas evocaban los fundamentos de la tierra, la pureza de los campos. Sin embargo, el nacionalsocialismo es romántico, Martin. Es hijo del día, pero ama la noche. Un SS vestido de negro, con su gorra alta, con esa calavera que es el ser-para-la-muerte y el ser-para-dar-la-muerte, con sus botas brillosas, sus cruces de hierro y sus cruces

gamadas es la imagen del Mal. Es Mefistófeles, el espíritu que todo lo niega. Es el Superhombre de Nietzsche que, aristocráticamente, parte de su propia afirmación para concluir en la negación de los inferiores. O es lo negativo hegeliano. ¿O no se burla Hegel de la idea insulsa del conocimiento de Dios como «un juego del amor consigo mismo»? ¿O no le reclama, a ese conocimiento, el dolor y el trabajo de lo negativo? Un SS es la pura negatividad y la negatividad es hija de la noche, porque es el alma de la filosofía y la filosofía, ¿quién lo desconoce, Martin?, es nocturnal, es como el Ave de Minerva y levanta su vuelo con el anochecer. También es como los vampiros. Y como los vampiros son también los SS. Uno de ellos, un teniente, pistola en mano se acerca a Rainer. Rainer retrocede y se apoya contra la pared del *living*. La realidad suele sorprenderme. Detrás de Rainer hay un retrato, imponente, del Führer. Me lo dieron en la Universidad y lo colgué ahí, en la pared del *living*, visible. El día en que lo recibí Hitler había decretado que sólo un partido existía en Alemania, el nacionalsocialista, y él era su Führer. Si alguna vez, Martin, vives en un país en que gobierna un solo partido y ese partido, vertical y dogmático, remata en una cima en la que se instala un solo hombre, un solo Führer, cuelga en tu *living*, hijo, un retrato de ese Führer, grande e insoslayable. Como el que ahora está a espaldas de Rainer, que grita que no lo maten, que se entrega, que se rinde, que obedece, que confesará, dirá secretos, aceptará prisiones y hasta torturas, pero desea vivir, quiero vivir, grita entrecortadamente, chilla con una estridencia que lo desmerece, que lo humilla, que le gana el desdén de sus verdugos. El teniente, un hombre alto, pálido, enjuto, con unos pómulos rocallosos y violentos, dice: «Rainer Minder, no me pida que no cumpla con mis órdenes. Soy un soldado. Usted está condenado a muerte. Como todos nuestros enemigos esta noche. Soy el teniente Werner Rolfe y me dispongo a ejecutarlo. Alemania, hoy, no toma prisioneros». A quemarropa le disparó toda la carga de su pistola Luger. Rainer se fue deslizando por la pared dejando el rastro de su sangre. Si demoró en llegar al piso fue porque cada

bala de Werner Rolfe lo atornillaba a esa pared, reteniéndolo. El cuadro del Führer quedó manchado con su sangre.

Vean para lo que sirvió por fin la sangre de este traidor, dijo Rolfe. Para manchar ese hermoso cuadro de nuestro Führer con que el distinguido profesor Dieter Müller ha honrado su casa.

Cargó su pistola.

Desde el primer piso llegó tu llanto. Werner Rolfe, aún poniendo balas en su Luger, sin mirarme, preguntó:

¿Qué es eso, Profesor Müller?

Le dije que era mi pequeño hijo. Que estaba con mi mujer, arriba, en su habitación.

¿Hay alguien más en la casa?

No, teniente.

Deberá acompañarnos, profesor Müller. Suba y dígale eso a su mujer. Dígale también que no se asuste. Que volverá.

¿Es cierto eso?

Profesor, ¿cómo no confía en la palabra de un hombre a quien ha visto matar tan sinceramente a otro?

Guardó la pistola en su cartuchera. Me miró con serenidad.

¿No me recuerda? Fuimos compañeros en Marburgo. Asistíamos a las clases del Maestro Heidegger.

No lo recuerdo.

No importa. Le juro que ahora nunca me olvidará.

Entre la noche del viernes 30 de junio de 1934 y el mediodía del domingo 2 de julio los hombres de la Gestapo y las SS asesinaron a más de mil personas. Se aniquiló a las SA pero se asesinó también a todos quienes, en ese momento, incomodaban los planes del Führer. O de Himmler. De Goering. O Goebbels. Lo que restó de las SA fue integrado a la *Wermacht*. Perdieron, desde luego, todo poder en las universidades.

Demoré una semana en saber que ese apocalipsis no había rozado a Martin Heidegger. Moriré sin saber el motivo.

A Rohm lo arrestó el propio Hitler. Lo puso en prisión y le hizo dar una pistola para que acabara con su vida. El extravagante, el desquiciado Führer del ala marxista del nacionalsocialismo desestimó tan piadoso ofrecimiento. Horas después, oscuros como su final, dos SS entraron en su celda. Rohm empezó a gritarles órdenes, despropósitos tardíos, patéticos ya. Sencillamente, lo acribillaron.

Es arduo, si no imposible, saber la exacta cantidad de muertos de esa noche de San Bartolomé. Algunos arriesgan 1048 personas. Nunca, en un lapso menor de 48 horas, se había llevado a cabo una matanza así. Se dijo: Hitler había demorado excesivamente en resolver la cuestión de las SA. Se dijo: le debía reconocimiento a Rohm. Un hombre fiel, un guerrero feroz de la primera hora. Se dijo: temía que Rohm revelara cosas que sólo él sabía. Por fin, se dijo: la decisión de Hitler no fue una decisión, fue un estallido. De ahí la impiedad de los procedimientos.

El Führer había conducido todo. También la decisión sobre la magnitud de la matanza fue suya. Él, insisto, al frente de una tropa invencible, había arrestado a Rohm, apuntándolo con una pistola, casi clavándose la en la frente. Sostenía esa pistola con su mano derecha. Tan bella como la otra. «¿O no han visto ustedes la belleza de sus manos?». ¿Qué fue lo que no vimos ahí, esa misma noche de San Bartolomé? ¿Qué nos negamos a ver?

Podrías preguntármelo. Yo, ahora, recién ahora, me lo pregunto. Entonces no. También, ahora, me pregunto si Heidegger se lo habría preguntado. ¿Podía asesinar a centenares de personas en menos de 48 horas un movimiento destinado a encarnar el alma, la centralidad de Occidente y a revivir la grandeza de los orígenes, la grandeza de la Grecia clásica? Nunca supe la directa respuesta de Heidegger a esta pregunta. Pero sólo un año después, en Friburgo, otra vez como el deslumbrante maestro que era, nos dirigía su palabra. Dictó un curso de *Introducción a la metafísica* y

nos habló, a menos de un año de la matanza, de la verdad y la grandeza del nacionalsocialismo.

De nuevo me adelanto, Martin. Cuando lo hago, simplifico. La totalidad es más compleja. Acaso, frente a todo esto, acabemos refugiándonos en la actitud filosófica originaria del Maestro, la única: *preguntar*.

No importa, dice Werner Rolfe, le juro que ahora nunca me olvidará.

Aquí estamos, todavía. Acaban de llevarse el cadáver de Rainer. Subí hasta la habitación en que Maria Elisabeth, dominando su terror para que tú no lo sufrieras, esperaba y le dije que habría de acompañar al teniente Rolfe quien, por fortuna, ha sido compañero mío en Marburgo y jura devolverme con vida. Maria Elisabeth no dice nada. Me mira y, milagrosamente, entiendo que me ha creído. Salgo junto a Werner Rolfe. Un Mercedes Benz negro nos espera. Nos instalamos en el asiento trasero y Rolfe, sencillamente, dice *Al cuartel*. En menos de media hora estamos ahí. Durante el trayecto no cruzamos palabra alguna. Pero Rolfe tiene muchas cosas que decirme.

Cercanos o lejanos, nos llegan los tiros y los gritos.

Profesor Müller, si no lo mataron fue por mí.

Dijo que mi torpeza lindaba con la insanía. Cómo, dijo, se le ocurre dar amparo a un fanático como Rainer Minder. Le dije que era un tema azaroso el del fanatismo de Rainer. La exaltación de los sentidos era moneda corriente en Alemania desde hacía tiempo. Esa exaltación llevaba a abrazar todas las causas en la modalidad de la desmesura. Vivimos, usted lo sabe, en medio de esa modalidad. Toda tibieza es un deshonor o una derrota. O hasta una cobardía. Se exige día a día la decisión y el coraje de los alemanes. Atenuada la política, se da ahora en esa áspera expresión que la continúa, según dijera el maestro Clausewitz, «por otros medios»: la guerra. ¿O no es una guerra lo que ahora sucede?

Lo que ahora sucede es una matanza. Una limpieza. Un arreglo de cuentas. Y un definitivo ordenamiento del aparato político-militar nacionalsocialista.

Sé, dije, que, como dice usted, le debo la vida.

Mis hombres no son sutiles. Usted lo sabrá. Liquidan el problema y todo lo que está alrededor. Tuve que advertir seriamente que su vida debía ser respetada. Sé que Goering ha logrado salvar a Papen. Pero milagrosamente. O porque es Goering.

Que es lo mismo.

Lo mismo.

También usted hizo su pequeño milagro esta noche.

Su vida, sí. Usted es un profesor eficaz y un buen nacionalsocialista. Quedará al frente de la cátedra.

¿Y Biemel?

Ese marxista se pegó un tiro esta mañana.

¿Marxista? ¿Biemel, marxista? Decía odiar a Marx.

Son los peores.

Lo miré muy fijamente. Busqué sus ojos. Quería ver si algún brillo despertaba en ellos lo que habría de decirle.

Teniente Rolfe, sé lo que digo. Biemel no era marxista. Era nacionalsocialista, detestaba a los bolcheviques y a los judíos. Era, en suma, un buen alemán. O —y perdón mi búsqueda de la precisión— era lo que hoy debe ser todo buen alemán.

¿Solamente hoy?

Mientras dure el Tercer Reich.

Durará mil años.

Durante mil años, entonces, un buen alemán deberá ser eso.

¿Lo será usted?

No voy a vivir mil años.

¿Lo será mientras viva?

Absolutamente. Cada día que pasa se afirman en mí las dos pasiones que traman mi vida: el miedo y la obediencia.

Son la misma pasión. Puedo quitarle una. El miedo. Nada le va a pasar, profesor Müller. Conserve la obediencia y dicte en sus

clases los materiales que se le entregarán. Sabemos que lo hará bien y sólo eso queremos de usted. El heroísmo tiene mil caras.

¿Por qué se mató Biemel?

Se lo dije: era marxista.

No.

¿Estaba o no con Rohm?

Eso no lo hacía marxista.

Apoyó sus brazos sobre el escritorio y rió con opulencia, con el desdén ultrajante de los soldados victoriosos.

Profesor Müller, Biemel estaba con Rohm. Eso lo convertía en nuestro enemigo. Y nuestros enemigos son lo que nosotros decidimos que sean. Si ganamos, lo son definitivamente. Y por serlo los matamos. Para eso es la guerra.

¿Qué pasará con el Profesor Heidegger?

Nada. Renunció a tiempo. No goza de nuestras simpatías. Se excedió en sus ambiciones. Pero tiene todo nuestro inmenso respeto. Seguirá dando clases. El nacionalsocialismo no es lo que él cree que es. Pero eso no le importa a nadie ni a nadie perjudica. El Maestro, querido Müller, es tan genial en filosofía como limitado en política. Creyó que Hitler sería el Führer de la guerra y él, a su lado, el de la filosofía. Alinearse con Rohm lo perdió. Pero sin Rohm no se habría impuesto en Friburgo. De todas formas, su empresa era inverosímil. Adolf Hitler es el Führer de la guerra, de la filosofía, de Occidente y, muy pronto, del entero y dilatado mundo. Es una vieja historia: los grandes intelectuales se acercan a los grandes líderes políticos para manejarlos desde las ideas. Pero los grandes líderes políticos son grandes porque nadie los maneja. Detestan, por el contrario, a quienes intentan hacerlo. De aquí la amarga suerte de tantos intelectuales —palabra, usted lo sabe, odiosa— y filósofos. Herr Heidegger, al menos, ha salvado su vida. Usted también, Müller. Ahora, retírese.

Regresé en el mismo, negro Mercedes Benz. No sabía (era imposible que lo supiera) que habría de viajar otra vez en ese coche, en otro tiempo, en otra geografía. No sabía (era imposible

que lo supiera) que habría de ver nuevamente al teniente Werner Rolfe. Menos sabía que, al verlo, también en otro tiempo y otra geografía, él, con sadismo y con un orgullo alimentado por la demencia, me abriría las puertas del abismo.

Dos cosas sucedieron en 1935. Murió tu madre, mi mujer, Maria Elisabeth Wessenberg. Y Heidegger, en Friburgo, no ya como *Rektor*, sino como el inalcanzable filósofo y maestro que era, dictó un curso de «Introducción a la metafísica». Me devoré esas clases. Me dieron vida esas ideas. Me hicieron sentir, otra vez, que la inteligencia humana no tiene límites. Que en algunos, como en Heidegger, se dispara hacia lo absoluto y no se detiene hasta poseerlo. El nacionalsocialismo era lo que él decía que era. Se equivocaba Werner Rolfe. Nadie entendió el nazismo como Heidegger. Si el nazismo no estuvo a su altura, o no supo o no pudo hacerlo, es otra historia. Si el nazismo se encenegó en los textos biólogistas, racistas de Rosenberg, de Bauemler o de Goebbels, si dio una versión extraviada y mediocre del gran Nietzsche, no tiene Heidegger culpa alguna. Él, en ese curso de metafísica, habló de la grandeza y la verdad del nacionalsocialismo. Y él era quien sabía enunciarla. Él era quien pensaba nuestro movimiento desde la ontología, desde la historia del olvido del ser y no desde las habladurías sobre las razas. No éramos, los nacionalsocialistas, superiores por ser arios puros, por no compartir nuestra sangre con judíos o gitanos, sino por ser un pueblo metafísico, por estar en el centro de Occidente, por llevar la carga de salvar ese espíritu ahogado entre las tenazas del mercantilismo norteamericano y la masificación del bolchevismo. Una vez más, me adelanto.

Es, ahora, tu madre la que muere. Sin saber por qué, sin entenderlo, esfumándose, sospechando, con dolor o tristeza o sencilla resignación, que esa muerte, la suya, nada significa, que es, dentro de la tragedia que el mundo vive, dentro de la masacre a la que se está por entregar, un hecho trivial que a nadie importa, salvo

a ti o a mí, pequeños seres como ella, sofocados por una hecatombe universal.

Sospecho que las clases del Maestro tuvieron el poder de rescatarme de ese abismo. De ese vegetar anónimo en la no trascendencia. Dejé de ser un viudo sombrío y retorné a mi lugar en la centralidad de Occidente. En la centralidad del Ser.

¿Qué fue Maria Elisabeth Wessenberg en mi vida? ¿Qué fui yo en la suya? ¿Necesita tiempo la trascendencia? ¿Necesita extenderse en esa temporalidad lineal y burocrática de los almanaques? No. Los grandes acontecimientos de una vida están fuera del tiempo. Se eventualizan, hieren y luego huyen, se escamotean. Creo, dolorosamente, que nada de eso tuvimos tu madre y yo. Ni la dilatación fáctica y lineal de los llamados días corrientes. Ni el acontecimiento insoslayable, el que hiende el espíritu y ya le impide ser lo que era. ¿Qué hice yo por Maria Elisabeth? La saqué de las borrascas berlinesas. Acaso, presumo a veces, había *ahí* más historicidad que en los años que después pasó a mi lado. La saqué de su hogar, se la quité a ese padre gris, medroso, que sólo podía exhibirle la medianía del alemán «interpretado», el que decía lo que todos decían y hacía lo que todos hacían. El alemán del *se dice*, no el de la palabra propia. La llevé a Friburgo y le hice escuchar, junto a mí, el discurso del *Rektor Heidegger*. Nunca, como en ese momento, hubo más historicidad en su vida. ¿Pero se dejó penetrar por ella o sólo observó lo grande y la tempestad como un espectáculo ajeno? Nunca se lo pregunté. Ni aun junto a su lecho de muerte. ¿Dejó alguna vez de ser bolchevique? ¿Abrazó verdaderamente el nacionalsocialismo? Tampoco hablamos de eso.

¿Qué fui yo para ella? EL hombre que acariciaba su frente sudorosa en el exacto instante de su último suspiro. Hay un último suspiro, Martin. No es una metáfora, no es literatura. Los humanos, al morir, exhalamos. Si lees a Homero te hartarás de encontrar este

suceso. Lo que exhalamos en ese suspiro último es el alma. Nunca supe si creer en esto. El *alma* no es una categoría filosófica de prestigio. Sin embargo, ¿por qué morimos exhalando? ¿Qué es lo que expulsamos en esa exhalación? ¿Qué es lo que nos deja? Es el ser el que nos deja, Martin. Cuando morimos no morimos, dejamos de ser. El *Dasein*, al morir, no está muerto. *La muerte no es*. La muerte es un dejar de ser. Tu madre, en suma, cuando expelió ese suspiro, cuando esa tenue exhalación salió de sus labios entreabiertos, expelió su ser. Lo último que exhalamos es el ser. Al exhalarlo nos careciamos de él. Al exhalarlo, dejamos de ser. Eso es la muerte. Ese *acontecimiento* provocó tu madre mientras yo acariciaba su frente. Nada, creo, nos unió tanto como eso. Nunca estuvimos tan unidos como en el instante de separarnos para siempre.

Y luego, tú. ¿Y si fuiste tú el acontecimiento de la unión errática, casi indescifrable entre Maria Elisabeth Wessenberg y Dieter Müller? Es tu propia existencia la que responderá esta pregunta. Es tu propia existencia la que fortalecerá la liviandad de las nuestras o las ratificará en su insignificancia. Dependemos de ti, Martin. Sólo hay algo que te aliviará esta penosa carga. No estaremos ahí para juzgarte. O sí: estaremos en tu espíritu, exigiéndote. Tendrás, entonces, un solo camino para ser feliz: arrancarnos de ti, exhalarnos. Matarnos, Martin.

El día en que la enterré había un sol ultrajante. Esa luminosidad injuriaba mi dolor, que era sordo y turbio. Odié la naturaleza. Qué indiferencia, qué poco nos acompaña.

¿Cómo podría sentirme unido a ella? ¿Acaso hacía ella algo por mí? ¿Acaso me había cedido un amanecer fresco, con nubes oscuras, con pájaros negros? Todo brillaba. Todo era hediondamente visible. El ataúd de tu madre se hundía en la tierra y el sol calentaba su textura sombría, extraña de él reflejos, luminosidades idiotas, festivas. Ni siquiera la palidez le fue permitida

a nuestros rostros. El sol nos enrojeció y nos miramos y nos vimos arder, florecer intempestivamente como estúpidas rosas en primavera. Odié, Martin, la naturaleza. Pensé (en contra de todo cuanto el Maestro me había enseñado) que tal vez mereciera nuestra devastación, el arrasamiento sin retorno al que la sometíamos.

Maria Elisabeth fue sepultada sin sombras. Entre los fastos de una mañana gloriosa. No podría describirte el asco que una sencilla mariposa puede despertar en un viudo estragado. Hasta la tierra en que la pusimos ardía. Y ella, la pobrecita, padecía temperaturas altísimas. No le fue concedida ni la piedad de una tierra húmeda, de una tumba fresca que le permitiera liberarse del infierno de la fiebre.

Volvimos a vernos. Debió ser, para mí, un acontecimiento previsible. Heidegger quería hablarme. Lo había dicho y había antepuesto una condición. La recordarás: *no bien me libere de mis compromisos*. Al decir esta frase desde la altura de su rectorado era claro que hacía mención a los compromisos que surgían de esas vorágines. Ahora, habían terminado. Heidegger era todavía Heidegger. No era uno más. Pero ya no era el Führer de Friburgo. No fue azaroso que diera con él intempestivamente. Entré en la sala de profesores y ahí, en esa mañana de 1935, en esa mañana como cualquier otra, incluso mientras un par de servidores de limpieza, anónimos, evanescentes hasta el extremo de la insignificancia, hacían su tarea, moraba el Ser. Una luz blanca entraba por el ventanal. Era tan blanca, era tan real que hería los ojos. Caía sobre el Ser, iluminándolo. Heidegger era un hombre de las sombras, un expresionista, un romántico. Pero la naturaleza lo amaba: la luz, la transparencia, el absoluto develamiento lo amaban. Leía un tomo grueso y trajinado. Fumaba una pipa rústica, que acaso él mismo hubiera hecho. Estaba en la punta de la gran mesa de cedro, no en la cabecera. A un costado. Verlo fue perder la respiración. No sé si entenderás: Heidegger era el Ser. Tanto nos había hablado de esa

sublime ausencia, de esa ausencia que nuestro olvido creaba. Tanto nos había hablado de ese retiro, de ese «retirarse del Ser», que él, para mí y para muchos, era su única posible y deseable encarnación. Heidegger podía existir en medio del olvido y del retiro del Ser porque él era el Maestro que preguntaba por ese olvido, por ese retramiento. Esa misión le daba una plenitud que nosotros no teníamos. La teníamos por él. Él era el profeta del Ser. Él era la posible o imposible pero única cercanía, relación entre el Ser y nosotros. Caminé, como si levitara, hasta él, me detuve a su lado y aguardé, largamente, la remota posibilidad de su mirada. No hubo tal mirada. Pues fue sin mirarme que dijo: «Siéntese, profesor Müller». Pocas veces me había honrado llamándome «profesor». Siempre «Müller», como al joven estudiante de Marburgo. «Si va a preguntarme qué estoy leyendo, no lo haga. Leo a Nietzsche. Es hora de leer, con mayor hondura que nunca, a Nietzsche». Le dije que yo también leía a Nietzsche, que lo enseñaba, incluso, en mis clases. «Usted no lee a Nietzsche ni lo enseña en sus clases», dijo. «Usted lee un Nietzsche tosco. Un Nietzsche tramado por lo que hoy es el nacionalsocialismo». Entonces me miró. Sus ojos siempre claros. El bigote, ahora, más crecido. Yo también lo miré, también lo vi. Te diré qué vi: no había paz ni menos aún alegría en el rostro del Ser. Sólo la opacidad de los tiempos que vivíamos. Ni él ni yo lo ignorábamos. Sin él como Führer de la Universidad, la Universidad sólo derivaría en busca de lo mediocre, del dogma partidario. «Usted lee un Nietzsche áspero, edificado por Alfred Baeumler, vigilado por Alfred Rosenberg, al servicio de un biologismo, de un racismo mediocres que injurian no sólo al sublime loco de Turín sino al mismísimo nacionalsocialismo. Malos tiempos, Profesor Müller». Era asombroso que me estuviera diciendo *esto*. Yo vivía en el espacio del miedo. Aceptaba el miedo como parte esencial del nacionalsocialismo. Tantos enemigos tenía Adolf Hitler que —de las dos posibilidades que Maquiavelo le ofrece al Príncipe para gobernar: hacerse amar o hacerse temer— sólo la segunda podía elegir. Se hacía, entonces, temer y eran todos quienes le temían.

Por eso era el Führer. Porque su voluntad era la ley de la patria. Y yo, que no era valiente, tenía miedo. Sabía que el miedo (o su expresión fáctica: la obediencia) era el más genuino recurso para sobrevivir en Alemania. Heidegger parecía ignorarlo. O lo estaba ignorando ahora, al decirme estas palabras *laterales* a las del régimen. Él era Heidegger. Tal vez pudiera decirlas. Pero yo no lo era. Tal vez no debiera escucharlas. Pregunté (me oí preguntar, de algún lado salió esa pregunta, o salió porque no pude contenerla): «¿Por qué me dice todo esto?». «Con alguien tengo que hablar, Müller». (¡Otra vez sólo «Müller»! Mi pregunta me había disminuido. Mi pregunta, es decir: mi miedo). «Usted es un buen hombre. Fue mi alumno y es honesto. Su espíritu tiene la transparencia del espíritu campesino, de lo originario. Confío en usted». Pregunté, otra vez pregunté: «¿Por qué renunció al rectorado?». «Profesor Müller», dijo. (¡Profesor Müller! Mi nueva pregunta me devolvía su respeto. Era una pregunta valiente. No muchos interrogan al Ser sobre los motivos de sus des-ocultamientos). Siguió: «A partir de 1934, apenas al inicio de ese año con estruendo pero sin grandeza, supe que mi dimisión era inminente. A partir, luego, de las matanzas del 30 de junio (me refiero a esto, Profesor Müller, cuando hablo del estruendo y no de la grandeza), no tuve dudas sobre mis acciones. Yo no podía participar de eso. Después de esa fecha la Universidad se llenaría de presencias odiosas y odiables para mí. Así fue. No me arrepiento». «Pero usted aún está aquí. Sigue dando clases». «Pierda cuidado: seguiré. ¿Asiste a mis clases de metafísica?». Dije que sí. Dijo: «No deje de asistir a la próxima. Asistirá no sólo a una clase. Asistirá, Profesor Müller, a la exposición ontológica del nacionalsocialismo. A la misión histórica de nuestro pueblo como alma de Occidente. Escuche, aún hay verdad y hay grandeza en el nacionalsocialismo. Pero no son Baeumler ni Rosenberg quienes podrán expresarlas». Le juré que no faltaría. «Puede irse», dijo. Giré, di unos pasos y otra vez su voz, ordenando: «¡Müller!». Me acerqué a él. Me agarró de un brazo. Era fuerte Heidegger. Su mano fue una garra, y una garra provoca dolor. «Todavía se está a

tiempo», dijo y su frente brillaba. «No se desmorone. El nacionalsocialismo es el único movimiento capaz de reconciliar al hombre con la técnica. Si eso se logra, nos habremos salvado». Aflojó la presión de su mano y regresó a su lectura.

Salí.

Nunca más tuve con él una conversación *directa*. Nunca más le escuché dirigirme la palabra. Dialogar, siempre dialogamos. Desde los años de Marburgo hasta el final, hasta esta carta en la que aún dialogo con él. Pero ese diálogo fue interno, ocurrió en mí. Heidegger habitó mi vida. ¿Quién, si no él, con su acontecer en mí, con su morar en mí, podría haberlo despertado y sostenido día a día, durante años, décadas?

El reemplazante de Eric Biemel se llamó Kruger y fue un hombre obeso y torpe, un burócrata mezquino que, ni en los peores días del invierno, evitaba sudar. Todo era simple para él. Me lo dijo sin vueltas: «Nuestra tarea es simple. Enseñaremos lo que nos diga la *oficina Rosenberg*. Seremos patriotas. Verdaderos nacionalsocialistas». Si te digo esto es para que entiendas mi entusiasmo y mis vacilaciones ante el curso de metafísica del Maestro. Cuando escuché su *Discurso del Rectorado* era él quien regía en Friburgo. Era él, Heidegger, nuestro *Rektor*. Ahora no.

Ahora no era su palabra la que debíamos necesariamente, obligatoriamente seguir. ¿Cuál era su poder entonces? Seguía siendo Heidegger, pero ya no era nuestro Führer. Seguía siendo Heidegger, pero ya no era el Führer de Friburgo. Difícil situación para mí. Su palabra, quién podría dudarlo, develaba la verdad. Pero esa verdad ya no era el poder. Y esto la erosionaba. Para mí, Martin, este hecho era oscuro, de comprensión ardua o imposible. Si la verdad no expresa el poder, si el poder no es expresión de la verdad, si la verdad no es el poder en su devenir más hondo, si la

verdad no se une al mantenimiento y crecimiento del poder, ¿es, ésa, la verdad?

Ya que su verdad no era la verdad de la *oficina Rosenberg*, que era la del poder, ¿era, por consiguiente, verdadera? ¿Creaba, Heidegger, una verdad lateral a la del poder? ¿Creaba, Heidegger, un nuevo poder? Sólo así (sólo si la verdad lateral de Heidegger creaba un nuevo poder) podría tener sustancia. Este hecho era, para mí, improbable. El pegajoso burócrata Kruger tenía, ahora, más poder que Heidegger. El poder residía en la voluntad del Führer (el mismo Heidegger lo había dicho) y el Führer había delegado la transmisión de la verdad en la *oficina Rosenberg*. La verdad ya no era desarrollo. Era obediencia. Era acatar las decisiones del poder, ya que en esas decisiones se expresaba la verdad, cuyo acatamiento, además, el poder exigía, y controlaba. Kruger tenía razón: *nuestra tarea era simple*. Nada es más simple que el simple acto de obedecer.

Confieso algo: en lugar de «acto» estuve a punto de escribir «arte». Sólo pensar en la séptima sinfonía de Brückner me lo impidió. Si algo es arte, esa sinfonía lo es. Sin embargo, nadie podría dirigirla, jamás, como Furtwängler, un obediente, la genial batuta del poder. Fue él (cuando lo escuché dirigir esa sinfonía) quien me entregó la *verdad* de la música. Recuerda aquí esa frase de Heidegger que te he citado, la que dijo en una tarde sombría, perseguido: la música alcanza cimas a las que ni la filosofía accede. ¿Cómo era posible que Furtwängler, un obediente, un prolífico servidor del poder, nos llevara hasta ellas? ¿O era ese servilismo, ese manso acatamiento del poder y su verdad, el que le permitía hacerlo? También este hecho, Martin, era para mí oscuro, de comprensión ardua o imposible. Ojalá vivas tiempos más simples. Permíteme dudarlo: los que vivió tu padre fueron tan oscuros que jamás dejarán de perseguirte, darte tregua.